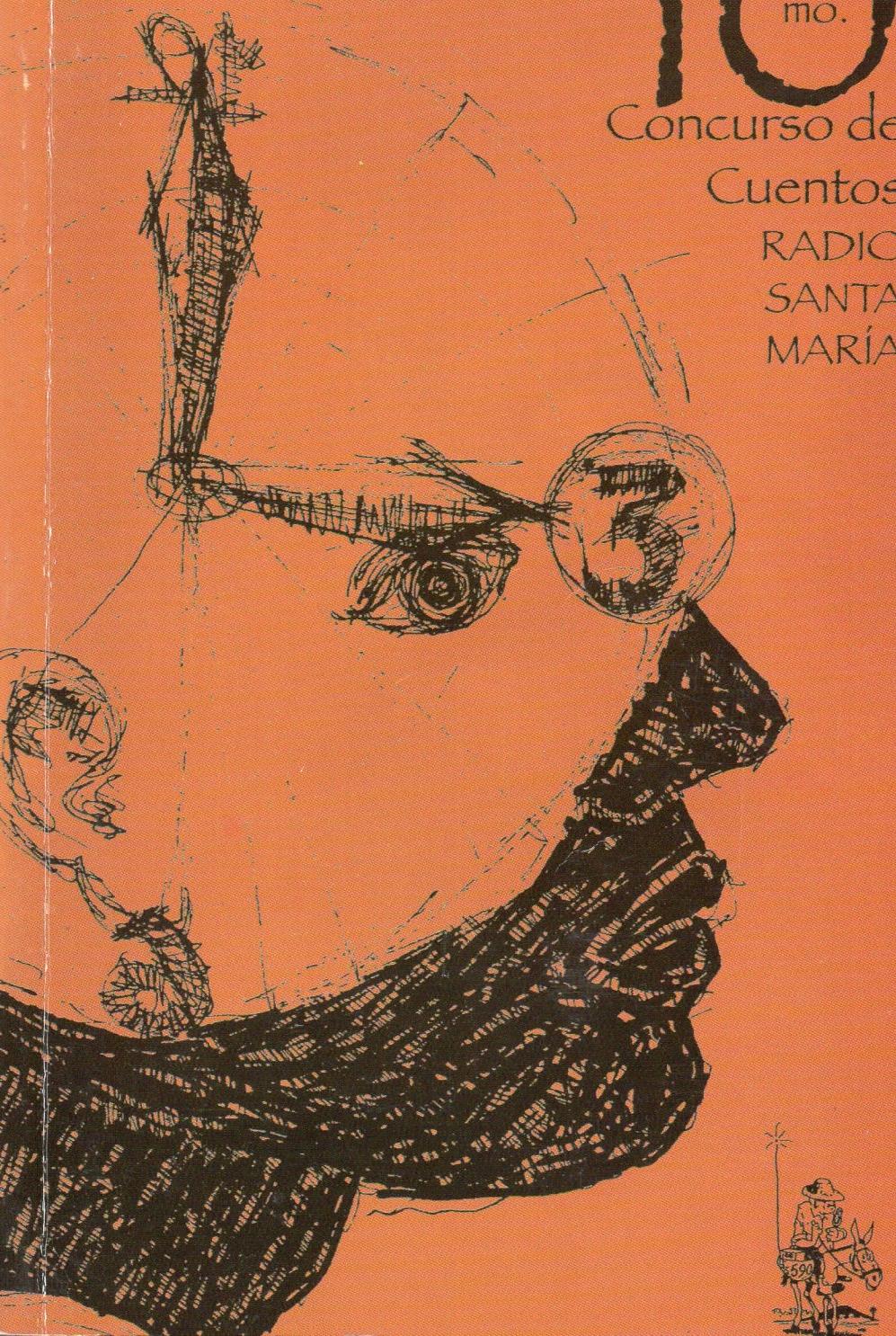


10
mo.

Concurso de
Cuentos
RADIO
SANTA
MARÍA



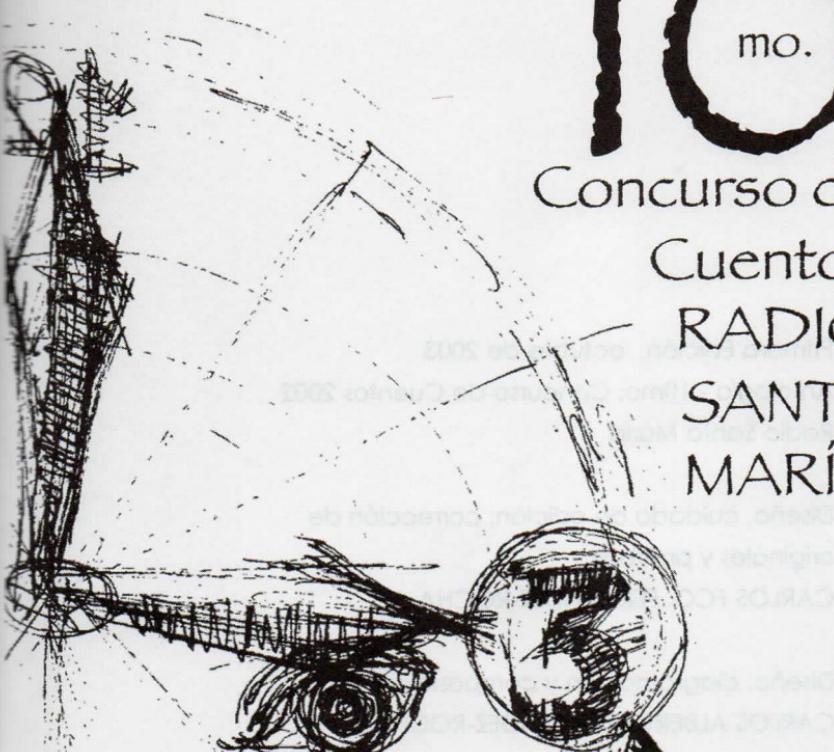
10
mo.

Concurso de
Cuentos
RADIO
SANTA
MARÍA



10
mo.

Concurso de
Cuentos
RADIO
SANTA
MARÍA



Presentado en Radio Dominicana, D.R.
por el grupo Domuncuela



Primera Edición, octubre de 2003

Antología - 10mo. Concurso de Cuentos 2002

Radio Santa María

Diseño, cuidado de edición; corrección de
originales y pruebas :

CARLOS FCO. FERNÁNDEZ-ROCHA.

Diseño, diagramación y composición:

CARLOS ALBERTO FERNÁNDEZ-ROCHA

Gráficas y portada:

JOSUÉ GÓMEZ ESTRELLA

Impreso en Santo Domingo, D.N.

República Dominicana.

ÍNDICE

	Página
Palabras de Presentación	7
I. Cuentos Premiados:	
A puro dolor	13
El Penitente	25
Olor a olvido	39
El pozo del olvido	47
Vivir a medias	63
II. Menciones de Honor:	
Ayer	72
Mi viejo	79
Desandando los pasos	92
El domingo	112
Petrel y Alosa	118
La rebelión de las rosas	124
III. Anexo:	
Acta única	140

PRESENTACIÓN

Por el P. Eduardo García, S.J.

Me alegra de darles la bienvenida en esta premiación del X Concurso de Cuentos. Por diez ocasiones ya, este certamen ha permitido destacar el talento de los jóvenes escritores juzgados como dignos de presentar sus obras a los lectores del país. Una magnífica cosecha en el campo de la palabra escrita.

Este año, el jurado no pudo contar con la colaboración del P. José Luis Sáez, S.J. quien participó en el mismo durante cuatro años. Agradecemos su servicio de esos años. Nos alegramos de contar en su lugar con el licenciado Diógenes Valdez, autor de cuentos y novelas, varias veces galardonado, y actualmente Director de la Biblioteca República Dominicana, quien nos honra con su presencia, junto con el Lic. Carlos Fernández-Rocha, presidente y miembro del jurado desde el nacimiento de este concurso. Igualmente, nos enorgullece la participación a lo largo de cinco años de la licenciada Emelda Ramos, escritora muy destacada.

Radio Santa María, que organiza este concurso con el generoso patrocinio del Grupo León Jimenes, ha confiado a este jurado las obras de estos nóveles escritores, con la seguridad de que habrá sabido descubrir, entre las más de setenta obras presentadas en este décimo concurso, las más dignas de ser reconocidas

En una obra literaria, aun breve como el cuento, se refleja lo que es la persona humana en un momento determinado de su historia. Un cuento es un fragmento de espejo con una imagen de lo que somos en forma de narración. Como la sociedad en su conjunto es tan variopinta y las experiencias de los escritores tan diversas, no todo lo que aparece en un cuento formará parte de la experiencia particular de cada lector, ni reflejará necesariamente su perfil moral propio.

Y es que en las obras literarias se reflejan los valores y los antivalores de la sociedad, sus cumbres y sus abismos, lo que aprovecha o amenaza, lo que significa o desmerita. Los autores no son libres de escoger la época en que les ha tocado vivir ni la mezcla de bondad y maldad, de aciertos y errores que se dan en su entorno. Más que nada, son testigos calificados de lo humano, capaces de trazar los rasgos de una época, de una sociedad, de unos seres humanos con sus riquezas y miserias y de algo que les ocurrió o que pudo acontecerles. Lector maduro será el que en medio de todo este 'col-

lage' de valores y experiencias contrastantes, descubra los reflejos de aquella piedra preciosa de la que habla el evangelio, en la que brilla lo humano y se transparenta algo del reino de Dios.

Gracias al jurado que ha hecho diligentemente su labor. Ellos nos darán a conocer su veredicto en breves instantes. Al Grupo León Jimenes, representado esta noche por don Mario Méndez, las gracias por mantener indeclinablemente su apoyo a esta iniciativa en favor de nuestros escritores en cuarto creciente. Gracias al personal de Radio Santa María, que toma este concurso con tanto interés. Y gracias, sobre todo, a todos los participantes de este concurso, a los que luchan por contar a los demás algo que ocurrió y que les sirvió de inspiración. Son ellos realmente los que hacen posible esta cosecha multicolor, disímil, un reflejo de lo que somos como pueblo y como seres humanos, como hijos de Dios.

Gracias.

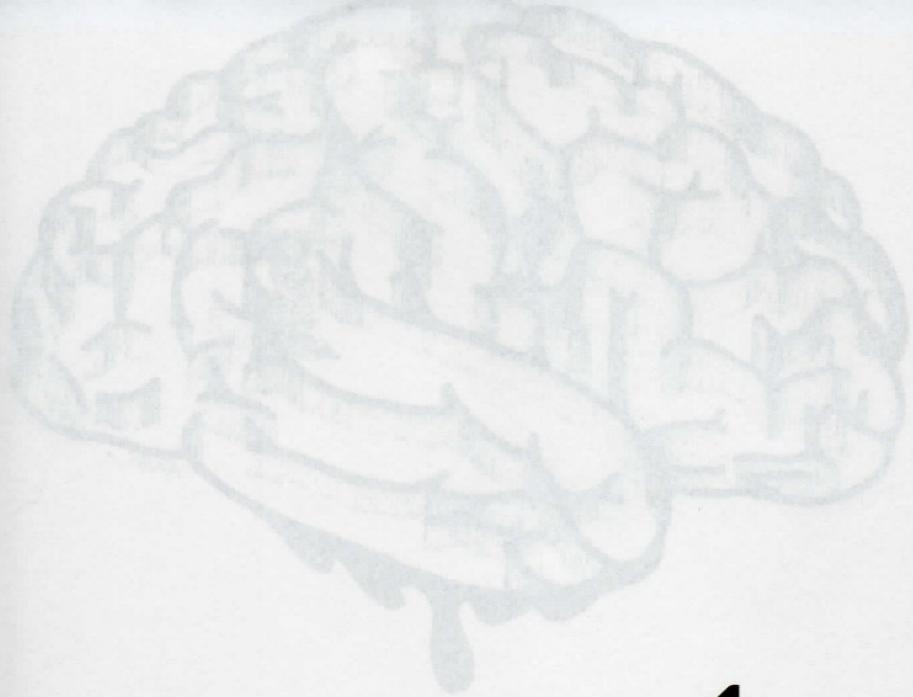
(Palabras del P. Eduardo García, S.J. en el acto de proclamación de los ganadores y entrega de premios del X Concurso de Cuentos de Radio Santa María. La Vega, 19 de marzo de 2003).

largo, que adolece y experimentó complicaciones, dejó
captar los sentimientos de desas tristes brechas de la
que la vida esconde, en lo que el filo de humor
y la ironía devuelven algo del sentido de Dijo.

Garcías de lucido que lo pone difícilmente en
jugar. Ellos nos dan a conocer su actividad en
plena juventud. Al fondo hay imágenes apagadas
que están ocultas por don Mario Mendoza las cuales
son muy fuertes impresiones en donde a cada
imagen se le da un sentido específico en cambio
de general. Garcías de lucido con su voz infantil
Mundo, que toma este concepto con mucha infancia. Y
Garcías de lucido, a veces los bichos que contaba a los
niños, a veces la noche que no podía dormir de
dormir algo que acarreaba las sábanas de
sueño. Son estos sentimientos los que forman parte
de sus cascadas multicolores que llenan de lo
que son los como punto y como seña humorista

Garcías

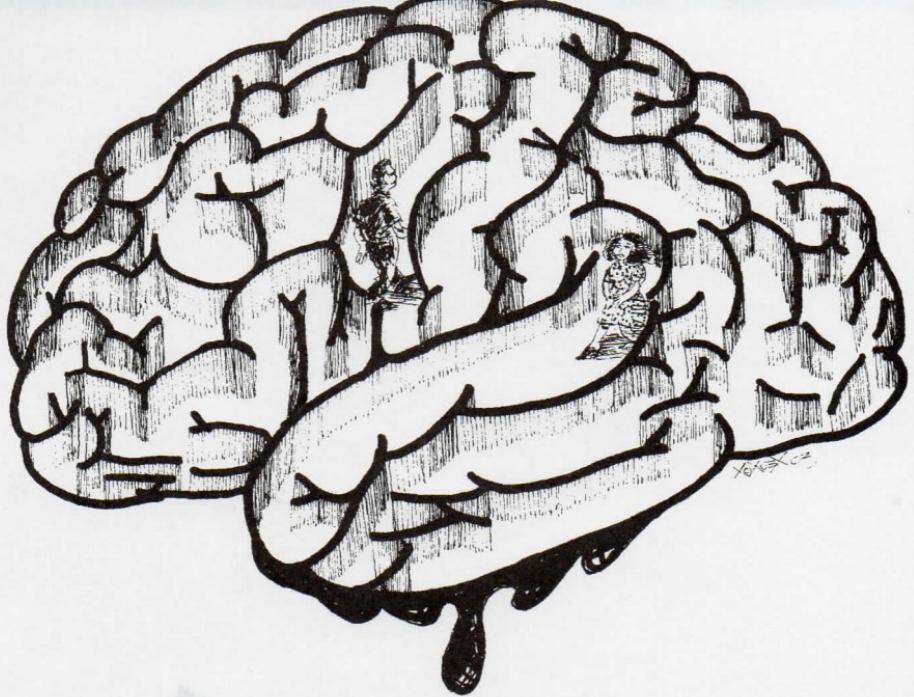
(Méjico de R. Benítez García, 27, es el eco de
biología en las bondades y bellezas de la
música de X. Gómez de Gutiérrez de radio que
nació, la Vega, 16 de mayo de 2005).



CUENTOS
PREMIADOS

1





PREMIOS



A PURO DOLOR

(Seudónimo: "El Ángel Suicida").

Autor: Roberto Ortíz

Hace días que no veo a Vicky, Vicky es una estrella, mi única estrella, la reina de mi desvelo, de mi desfallecida fantasía, detenida en un largo trajinar de metáforas desfasadas, absuelta de pecados y frases maliciosas, oliéndome, tocándome en esta cruel travesía donde siempre eres otra cuando estamos frente a frente y la lluvia asoma por sus ojos, sonríe, camina, llora, como si en cada actuación tuya haya una entrega absoluta, una disyuntiva que se esclarece o una puerta que se cierra ante el clamor unánime de la gente. Nada se interpone entre nosotros, imaginamos que todo se puede resolver a base de falsas promesas o insinuando que es un deber de cada quien asumir su papel con responsabilidad, pero cómo afirmar que la vida se ajusta paso a paso a la pura vanidad de los sentidos, si usted desciende justamente ahí, donde no tiene que saber nada, sólo dejarse llevar con un exceso de caricias y tormentos hasta com-

pletar esta perfecta ilusión y empezar un nuevo proyecto.

Siempre he vivido enamorado de Vicky, nunca he renunciado a su amor, detrás de esa cara de niña pálida hay sentimientos afables. Una Vicky que ama, que me adora, que se obstina en hacerme saber que nos amamos, pero yo también la amo, aunque nunca se lo he dicho, prefiero callar, agarrarle las manos, pensar tantas cosas cobardes, inútiles y pueriles en esta perplejidad incierta de las horas donde cada beso es un nuevo ritual para inventarte, para perpetuar tu presencia en los sonidos confusos que vienen de otro lado y no existe una manera adecuada que alivie el dolor y haga que las heridas cicatricen sin dejar rastro ni huellas en el corazón. Me gusta contemplarte, sola, cándida en ese deslumbramiento de luces y sombras, perdida en la intimidad de las palabras y los gestos y las soledades que respiran otro aire, te amo demasiado para alterar este juego de ruidos y contrastes en que se han perpetuado días y años. Me resisto a entenderte, a descubrir esa mutilada figura, ese fragmento de poema inscrito en el cielo.

Hubo una época en que me aficioné tanto a la música clásica que me pareció que a ti también te gustaba, había una transparencia nocturna en tus ojos y un candor en tu mirada que te hacía ver cada vez más lúcida, dejando entrever otras facciones inéditas y ocultas de tu rostro. Recuerdo

una vez bailando un bolero, sentí que la sala se estrechó tanto que solo estaba hecha para nosotros dos, entonces la triste mirada de Vicky, un bolero bien pegado, el silencio obligado, tu piel suave como la seda, un vestido color rocío cayendo al suelo, para mostrarte en una dimensión insospechada del amor donde decides enseñarme el lunar de la espalda y yo preguntando de dónde provenía, entonces me lo fuiste contando todo con lujo de detalles, con pausa y sin pausa, ajustando cada cosa en su lugar, así me gustaba que me lo fueran contando todo, despacio, desmenuzando los temas con maestría y elegancia porque después viene la calma y hay otras cosas que son necesarias comentar, que hay que manejar las cosas con discreción, que tu mamá últimamente tiene la presión muy alta y un clima inadecuado podría perjudicarle, abrirle la ventana, que entre aire, mucho aire y ella se sentía bien o se sentía mejor, pero en ese momento entrabas tú y me contabas tantas cosas de su vida, momentos de tristeza, de rencor, de rabia y todo era risa y lágrimas hasta que llegaba la madrugada y los pedazos de recuerdos caían inútilmente y tú te quedabas tranquila alemando más recuerdos, trayendo cosas no dichas y dichas a su punto de encuentro, el reencontro de tantas dispersas o presumidas.

Lo difícil en el fondo era decidir los cambios, las modificaciones, los ritmos, nuestras distintas maneras de sentir la realidad y provocar esos duros

enfrentamientos que sólo aplacan la ira y el placer, una nueva perspectiva, aspirar fuerte el aire, tragarse las lágrimas, mover los muebles de la sala, repetir algunas palabras inusuales, pero todo se interrumpe y se complementa, en el momento en que tiendes los brazos sobre mi cuello, me besas disimuladamente, miras hacia el balcón, mientras haces algunas señas con las manos, empiezas a caminar, te sigo, buscamos juntos la soledad, dejamos irse las horas en la lluvia y el viento, incapaces de prolongar los besos, los cigarrillos y los abrazos, distanciarnos de los otros, renunciar a hábitos, a costumbres condicionadas, diálogos que imaginamos plácidos y tenues, aunque las palabras tan semejantes entre sí, se pierdan en una confusión inicua de silencios y trivialidades, tal vez por eso deberíamos callarnos, pues a nadie le interesa nuestro silencio, no tenemos nada que decir, hay una abierta complicidad que nos delata, nos mecemos en la oscuridad, no hay moscas, gratos recuerdos van y vienen y no hay un sello que predomine en la búsqueda de la perfección y no existe otra opción que reconocerte en ese camino lleno de dolor, de martirio, donde todo tiembla y hay que hacer magia para no resbalar en la arena, un nuevo plano, cambiar roles y papeles, entonces otra vez usted despertando cuando el aire es más tibio y es difícil controlar un sentimiento tan noble, que es preferible callar, sufrir, batallar con ese yo invencible con el que me embrujo toda la noche en una batalla sin límite de tiempo, soportando la

reacción avasallante de tus desmanes, de tus desplantes, de esas heridas incurables; sin embargo hoy estoy aquí decidido a confesarlo todo, no puedo más con este tormento, a veces hay noches más interminables que otras, en vano artificio de prever la realidad, ponerle chispa a cada chiste, colocarse en una posición ideal y entrar al terreno de juego con el entusiasmo y el júbilo en el corazón, harto de miseria y espera, estupefacto ante la huída final de tu perfume, dejar todo atrás, buscar la salida más próxima, detenerse, un falso testimonio, un intercambio de impresión, para mí es extraño que tú de vez en cuando hagas retroceder el tiempo, para buscar un detalle que nos comprometa, eliminar los sentimientos de rechazo hasta que haya lluvia, pájaros en los alrededores, vientos removiendo las ventanas, un dejarse llevar por los instintos, afirmando su decisión frente a la nada y el dolor. Sí, correr, pero no así, Vicky; oh, qué bella, llena de flores y margaritas, como si cada letra de cada palabra fuera una bendición, pero no, maldita sea, me lo imaginaba, no son celos, no, perdón, prefiero verte de otro modo, en otra escena, convertida en una estrella, en una ola de mar, en fin leyendo a Shakespeare, es maravilloso, tengo razón verdad, nunca se pierde el tiempo, tú lo sabes, el amarse es un proceso y nosotros vamos en busca de la luz que perpetúa el sexto sentido. Creo que es así, la imaginación es otra cara de la realidad, espero que me cuentes de tu sueño, de tu adolescencia, noche fría, mi amor, en fin ya verás

que no estamos en el sitio indicado, eso no es así, en todo caso no es bueno que nos quedemos hablando. Otro trago de whisky, sin saber por qué, como si eso pudiera explicar algo, sabes que es imposible buscar una solución, imposible ir de compras, imposible asomarse a la ventana y hundirse cada vez más en esa precipitación lenta del orgullo, entonces sí, hacia dónde, y las canciones y los poemas, que tengo que hablar contigo, Vicky, es algo urgente, mi amor, las cosas sucederán automáticamente en un orden inalterable, primero un bolero de Lucho Gatica, luego Beny Moré, Daniel Santos y finalmente usted tomando un café conmigo en la sala, solamente un momento y usted tenía el derecho de quedarse allá hasta escuchar los golpes de la puerta y ya nada se detendría apenas un leve disimulo me permitiría verte tal como eres, sin resabios, llena de ternura y belleza, con tu talento a cuestas y un hálito de actriz en ciernes que venía siempre en la misma dirección, justo después de un beso en la mejilla, cuando ya no exista la necesidad de justificar los resultados más allá de lo previsto.

En la mañana, mientras guardábamos las ropas y ordenamos las comidas necesarias para la semana, oímos la noticia de que podría llover, era bueno permanecer en casa, fumarse un cigarrillo, no dejarse quemar los labios, el humo subiendo y bajando, desflecándose tras rígidos temblores de sal y agua, pero en algún momento todo puede

terminar por descubrirse porque el amor estaba en tu corazón, saberlo te hacía sentir tan feliz contra la primera hojarasca de la ira y el placer, guiándote por un camino de averiguaciones ocultas, acaso viernes o sábado, los viejos apodos, los cafés de la calle El Conde, el sentido común y los rumores, que estamos pagando el precio, que todo está demasiado claro y tú desnuda bajo la sombra que quisiéramos evitar, el caliente de las diez de la mañana llevándose el esplendor de la noche, el sol y su candor bañando tu piel con un cuidadoso tacto. Cuando vemos a un niño caminando por la acera, nos tocamos, nos reímos, solo un comentario al final de la noche, en algún momento las voces de los vecinos habían pasado de un leve murmullo a comentarios más audibles, pero nada podía distraernos en nuestro propósito esencial.

A la hora del almuerzo nos llega el periódico de la tarde. Sin ninguna explicación nos obstinamos en saber lo que pasa en nuestro barrio, pero la tarde no nos trae lo que esperamos, ráfagas de luz y crujidos que traspasan los techos más allá de lo posible. Tampoco en nuestro caso son importantes las observaciones innecesarias, nunca hemos estado tan cerca en nuestras afinidades, a veces jugamos a las cartas como ahora en un vacío insignificante, donde cualquiera es fácilmente el otro, pero eso forma parte de una vida infinitamente completa en la cual la modestia juega un papel pasivo, la célebre ficción de nuestro amor es imperecedero, por

debajo se enciende el fuego de la pasión y el delirio. En todo caso controlamos nuestros impulsos en su punto más exacto, la hondonada del frío deja pasar el ruido de los gatos y es una sencillez la interrogante que nos invade en el momento en que la soledad es igual al vacío y hay que volver a rutas ya trazadas.

En la habitación después de hablar largamente nos preguntamos por las caricias de antaño, los cuadros en la pared obligándonos al recuerdo (esa mancha de café en el mantel, la inevitable obsesión de lo infinito, los poetas abocados a un existencialismo donde hay peste y cenizas. ¿Una ironía del suicidio? Buscamos una idea que pueda justificar nuestra manera de ver las cosas).

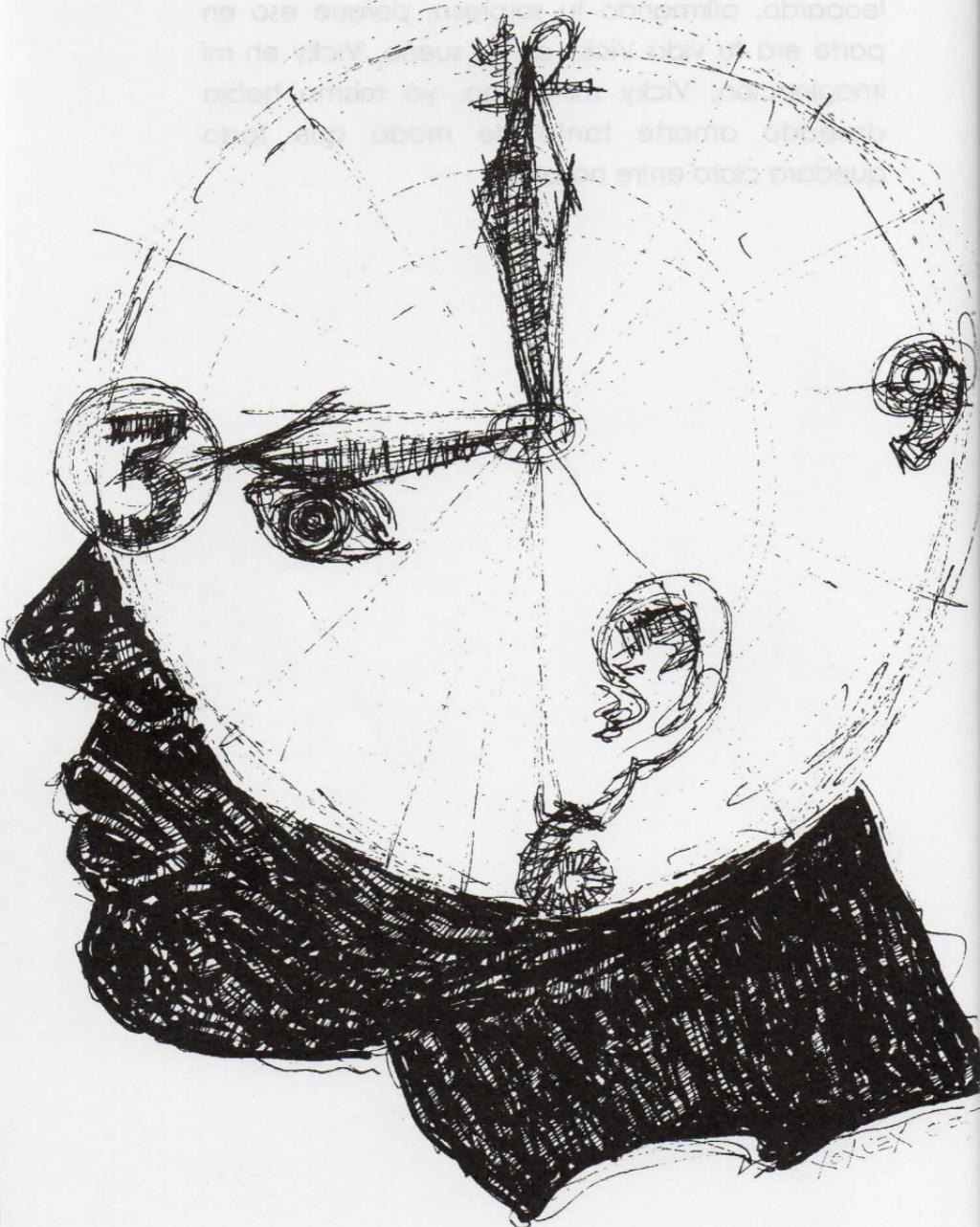
En la noche no tenemos ganas de volver al pasado, oímos música en la habitación y después en el balcón. La madrugada puede ser una esperanza y la esperamos desviando la mirada, ocupándonos de nuestros deberes y quehaceres en lento subterfugio de algas y marismas, dejando entrever apenas una luz que se filtra por el espacio que nos aleja de la mansedumbre y el hastío. ¿Por qué disimular un cambio en las voces? No importa, más tarde se oirán los quejidos, el llanto de un niño en la acera, el patio poblado de chicos que juegan a la pelota, pero ahí yace una espera que nunca volverá, de regreso intentaremos vernos en un pasadizo secreto en el que expresamente se con-

creta nuestro amor, ahora todo es realmente cierto, abrimos la puerta, se oyen ruidos, los muchachos han dejado de jugar. Ya nada nos sorprende, el capricho latente de cualquiera es el capricho de nosotros dos: hay toallas húmedas, botellas de refrescos, revistas Playboy y jabón Palmolive. Todo está triste. Es hora de dormir. La cama está arreglada. Nos miramos, con una mirada que hable y concite la atención de cualquiera. El sueño es pesado, interminable, no tenemos ganas de levantarnos hasta que el sol baje. Tú preparas el desayuno mientras lavo los platos con el mismo gesto de siempre, deberíamos celebrar, pero no, ahora que complicamos las cosas con el propósito de que la mañana se prolongue hasta que terminemos el desayuno.

De cuando en cuando volvemos a redescubrirnos, mirando hacia el lado opuesto, esperando lo que no existe, un silencio que ahora continuará con más fuerza; pero hace calor, mucho calor, apenas nos movemos esperando el suplicio de la noche, fieles al ritmo de los astros y la lluvia como si las predicciones hubiesen tomado su posición. Solo hace hálito en las voces, y eso sí sombra, intensidad, por qué desdoblamos en un lenguaje sulfurante y cruel, es imposible aprehender el murmullo, ya es tarde, el calor sigue intensificándose sin que se nos ocurra volver al principio, ni siquiera nos es permitido atribuirte tu propia identidad en otra imaginación. Ahora nos damos cuenta que todo

es inútil, la despedida, la esperanza de encontrar un hueco en la oscuridad, un refugio ideal para el arrepentimiento donde no tienen lugar las represalias; es como si de golpe todas las ventanas se cerraran y las olas del mar nos abandonaran ante el sosiego y el perdón. Si todavía pensamos en nuestra intimidad, sin detenernos un momento, es porque la abstracción que nos es dable para comprender el sueño se desdibuja en infinitas bolitas de espuma. Lo desagradable es que no sabemos por qué del cambio, de los primeros comentarios que vienen de otro lado y no existe un muro de contención para evitar que otras voces se sumen a esta banalidad misteriosa, a esta frivolidad de fiestas y melodías. Pero no le damos importancia solamente sabemos que es imposible desligarse de ese ritual de amores confusos. Tal vez por eso fingimos no conocernos al final de la noche. No nos desconcierta la leve llovizna que cae despacio, casi no es una llovizna, más bien una clave, un gesto involuntario, discreto y distante como eran las voces que nos emplazaban a callar. Nos levantamos en silencio, la llovizna ha dejado de caer, solamente las ranas y los pájaros emiten un sonido apenas audible. Esperamos la madrugada, callamos, la espera nos convoca a dormir entre sábanas blancas y rojas, no importa que no haya acuerdo que no haya una clave o una fórmula que prescinda del consenso, en algún momento intentaremos acercarnos sin que una franja de metal intente separarnos, despojarte de tu aroma, de tu impulso

a los grandes proyectos, de tu terrible ansiedad de leopardo, afirmando tu sorpresa, porque eso en parte era tu vida Vicky en mi sueño, Vicky en mi imaginación, Vicky mi amiga, yo mismo había deseado amarte tanto de modo que todo quedara claro entre nosotros.



EL PENITENTE

(Seudónimo: Ariadna)

Autor: Ricardo Nieves

Por eso, en cuanto lo mira, se estremece... De entrada, un espasmo frontal, un brutal escalofrío. Sin embargo, él insiste y vuelve a fijar la vista sobre el reloj dorado del comedor. Aunque sabe, a buen seguro, que aparte de él, nadie más creerá esto... Mientras tanto se contrae, obedece a la necesidad de buscar un segundo aliento; y aspira, abierta, profundamente. Y es que, ante sus ojos, el acto es absurdo y patológico: ¡las agujas del reloj se devuelven y el tiempo, en lugar de avanzar, atrasa!... De vez en cuando vuelve en sí (en él, en Nicolás...), dispuesto a recuperar sus feros (¿Suerte de equilibrista, quien bascula entre la perplejidad primaria y el socavón de terror que abren sus ojos cada vez que mira...? A sabiendas, se emparapesta en su mejor armamento: acude a la determinación napoleónica de su estirpe y trata de rearmar la magnitud, el momento exacto de lo que ve, de lo que vive. Entonces descubre que la capacidad del evento supera la longitud de su asombro,

los reflectores de sus instintos. De momento se aviene a razón concreta: estipula que hoy es martes y hasta puede justificar que fue "ahorita mismo" cuando cerró las puertas de la fábrica y recibió el saludo afectuoso de los compañeros, y una jarcia de sonrisas volátiles en las escaleras y un legajo de documentos, listos...para mañana. Puede, sin dubitaciones, recomponer el continuum perfecto de cada día, sellado siempre a las siete en punto, por la saga indiscutible de los relojes automáticos, precisos... Por lo pronto se aquiega. Jalónado por las pretensiones de ignorar y olvidar "eso", pero el curso errático de las manecillas se lo impide, domesticándole, sometiéndole a esta circunstancia infeliz. Se restriega el dorso de su mano derecha por la cara y, de soslayo, levanta un rostro que pugna con la mueca de la aflicción cristiana y a seguidas, dirige sus ojos condolidos hasta la maquinita truculenta que adorna la pared rosada del comedor. Derrotado por tercera vez, asume sin resabios la proclividad crepitante de su paradoja: ¡El reloj le marca las seis de la tarde, y lo que es peor, las agujas mantienen su ritmo trepidante, insólito!, inicio del prólogo de su total bancarrota...

¿Pero, qué está pasando con Nick, el distinguido ocupante de la mansión número tres de la calle adoquinada y colonial? ¿No es él, acaso, quien se ve sentado en la silla principal del comedor, a la hora exacta y frente a su plato favorito de los martes? Desde luego, por eso se exhibe así, con

bata de seda azul, en pantuflas, desabotonado, fresco... ¿despreocupado? ¡Por supuesto! (Y bien, entonces, ¿quién empuja la mordacidad de este sainete de agujas desquiciadas y errantes?) Pese a la insinuación enojosa de las agujas, que falsifican del tiempo su ritual indisputable y ceremonioso, Nick se decide a devorar sus alimentos que, todavía, aguardan humeantes...

Con simplicidad de alfarero corriente, o ensambladura de serias cogitaciones, Nick construye, reincorpora, pieza por pieza, consigue pegar los pedazos de unas hipótesis genuinas y candorosas. Piensa, repiensa que "es error o imaginación, inocentada primorosa... Quien sabe si, por otra parte, el viejo reloj estará cansándose; algún deterioro mecánico, por ese vicio excesivo, constante... Ese tanto girar sobre sí mismo, es que..., bien se sabe, nada se escapa, todo se agota, se desgasta (¡Cuánto más sé de relojes se trata!), por el abuso empedernido y sordo del tiempo que, mal que bien..., ¡es innegable!". En todo caso: es Nick quien se agota. En la futilidad de respuestas resbaladizas y espumosas, frente al reloj exasperante que sigue allí, con sus agujas volteadas, díscolas, extraviadas. Violentando un asunto tan elemental y rutinario que, hasta hoy, con puntualidad teutónica, había reproducido a lo largo de su vida holgada, próspera.

Finitud de su paciencia... Percibe el aspecto canijo de la coartada, el tono encendido de la marabunta. No es solo este caminar retrógrado de las manecillas; sino, ese vaho sulfuroso de su desesperación urticante, vaporosa. Vaciedad repentina y burbujeante de sus ojos congelados en la pared del comedor, y el inventario de su pensamiento intermitente: brecha y rendija huidiza que asoma y desaparece. ¡Y este malvado reloj aberrante que no avanza! Ya verifica su rolex pulsera platinada: empareja, ras con ras, con el ritmo ensortijado de las manecillas aquellas, que viajan a contrapelo y alocadas ¡Ambos aparatos marcan las cinco y cuarenta y cinco de la tarde!... Una espinita, pues, hinca y aturde, oscureciendo la estela sensorial del habitante distinguido de la mansión número tres... Aquí empieza a levantarse del comedor, arranca del estallido inminente de la sospecha, a la ofuscación completa, rampante. Visto a contraluz, aún conserva su aura de hechura saludable, el rasgo de varón bien parecido y espíritu a sus anchas... He aquí que no se detiene a ver el reloj paredaño, sino que se precipita con desparpajo sobre la esfera pequeña que refulge en su muñeca izquierda; repetidas veces la respuesta le es tan inverosímil como fulminante. La irritación le hincha su ser, envenena su sangre... la fatiga incipiente, el ulterior estremecimiento. ¡Irguiéndose, da un salto, atraviesa la sala! Como fugado del purgatorio, despavorido y a trancos, sale el penitente ¿Abandona la casa?. De par en par deja la puer-

ta y afuera entreoye la voz de alguien que desde la alcoba resuena, le grita algo... Toma la calle que es un alboroto repleto de caminantes, gentes de todos los perfiles, y gentuza de toda laya... Debajo de un cobertizo rojo descubre un sujeto solitario, huesudo y abarquillado, de fumar copioso, apasionado. Sin la misericordia de mirarlo y entibiado por una calma imperiosa y amenazante, Nick le atesta contra la pared y a quemarropa le resuella:

-¡No se mueva, usted, deme la hora ... carajo!

Inerme, sin remordimientos, el fumador descolorido espeta, con una carraspera dudosa, deletrea y lo traspasa.

-¡Hey ... pues, claro, cinco treinta de la tarde!, ¡uf!

-¡Por Dios! -Nick, apenas invoca. Se abre paso, entre millares de transeúntes que por apremios ingentes o motivaciones livianas, pululan en la calle nocturna de esta ciudad del Caribe Antillano.

-...Señor -se inclina, más adelante, parsimonioso, inquiriéndole a un anciano de buen talante que pasa a su lado-, ¿Tiene usted la caridad de darmel la hora, el tiempo exacto?

-Dios te bendiga, buen varón: las cinco y veinte de la tarde.

¡Imposible...! -gruñe, mientras la resonancia le atornilla los sesos y le quiebra la compostura recién

levantada- ¡Cómo decirme que las cinco y... si en realidad sé... que son las...! ¡Ah, ah!

Un celaje de manecillas que rondan sus ojos. Unas manos pesadas le suben a su rostro... y el calambre intenso que le gana buena parte de los pies, el torso, la cara. El cloroformo de un fluido viscoso, anestesiante... ¡Nick, va transfigurándose! Su gracia irreductible, el cuarzo de su estatura fascinante, todo se desmorona en unos segundos, por el pavor de sus nervios vencidos, por la polvareda de su pudor arrastrado. En la calzada de granito lavado, es su sombra la que se arrima a la hilera de mansiones semejantes de fachadas nobles y colores movedizos. Vuelve la vista y, acto seguido, desde el fondo de su penitencia, rechifla: "¡La iglesia, la iglesia!"... A dos cuadras vislumbra el campanario, la torre mayor de la catedral que se empina en lo alto. Mal que le pese, Nick acomete, enredándose con el tormento y la singladura espesa de sus pisadas: sudoriento, corre y toca la beatitud añeja del muro grisáceo. En tanto, van saliendo las últimas almas del oficio sagrado. Divisa el color púrpura, la espalda ancha y cuadrada del arzobispo, alejándose del púlpito, y, con desdén, observa la reverencia sencilla de un feligrés, que, como estatua desmembrada, persevera delante de la piedra consagrada. Hasta aquí, para él, algo está del todo claro: apuesta su vida a que son las ocho de la noche y sabe, a ciencia cierta, que la misa ha terminado. "Entonces -se pregunta ¿de dónde aquellos relojes eso de las cinco y...? cuando su inquietud va refrendada por un cansancio que, a

la postre, resiente como si fuera de años. Frente al reloj de la catedral, se juega su última carta. ¡Cómo se alegra de contemplarlo! Es grandilocuente y fidedigno, una reliquia que ostenta la índole generosa de estar bendecido por el Papa. Agujas gigantescas, números ingentes y románticos, por cada hora que avanza, emite unos campanazos roncos, pero certamente invariables, exactos. Añade, por demás, el místico y bien ganado respeto de que nunca jamás ha fallado... "Y no deberá fallarme", se dice, aferrándose a la penúltima de las tres virtudes teologales: la esperanza. (Le apasiona ver el portón monumental de la catedral, la estampa señorial y los relieves del metal atemperado, claveteados por el bronce centenario que, por las noches, absorbe el reverbero citadino de los fulgurazos). Obvia la duda montaraz que antes le agujereaba, y trepa con la mirada la cumbre cenicienta de la estructura sagrada. Sus ojos, abatidos por los temblores y abotagados por la distancia, escudriñan la perspectiva elocuente y callada de la torre mayor, procuran, con lentitud de predicador acongojado, ubicar la certitud oval que en segundos le devolverá o no la respuesta mortal de su encrucijada. Por sobre la bóveda barroca, otea la esféride virtuosa del reloj (la compara con una luna flotante, color mantequilla, bajo el techo oscuro del firmamento sin estrellas), las agujas luminosas que le parecen diamantes alargados y cortantes ¡Y son sus ojos, otra vez, quienes reciben el ramalazo ardiente de la hora exacta: las cuatro en punto de la tarde! En consecuencia: cuatro campanazos triturantes... Aduce la sensación de

que traga cenizas; presiente vivir en el más mentiroso de los mundos, y en la más evasiva de las ciudades. Por el abatimiento de su ser, a ratos, camina sin dirección imaginable, tembloroso y al desgaire; desguarnecido y apagándose, lo sofoca un sollozo que a su vez, se convierte en un aullido monosílabo y proverbial: "¡No. No. No.!...", estalla, aunque falla en romper el hechizo del tiempo recurrente y sin sentido que continúa dando vueltas como las aspas equivocadas de un torbellino inasible, que gira al revés, sobre su propio eje agrietado. Su llanto es de herido en la pendiente..., caracol sonoro que choca en la comba de la catedral vacía y expuesta a la luz comedida de los candelabros llorosos que ha tallado el lagrimeo insípido de los velones perennes. Más que en la cúpula del edificio sacro, el eco revoltea incesante en su cabeza, indefinido y austral... Nick está en medio de la calle, la ciudad es jolgorio de inflexiones bullangueras y gimoteos multicolores. En rigor, un gestuario mutante de escarceo civilizado y de selva humanizada. En ella, miles de seres que cruzan la vía adoquinada y peatonal, o el parque rectangular y florido, a la plaza tapiada de baldosas fisuradas por la irreverencia natural de la hierbas... Porque, pese al ejercicio retardatario de los relojes machacones que doblegan a Nick, la ciudad, la vida, no dejan de ser las mismas; el mundo, pues, sostiene su ritmo imbatible, su aluvión terrenal de licencias de toda clase y permisos de cualquier tipo. Y Nick está de acuerdo que así sea, sin embargo, ¿qué buscan esos relojes retorciendo el curso de su vida, por qué se empecinan en hacer-

le creer que el tiempo se le devuelve sin miramientos, se le atrasa sin consignas? Cuando aquí, en el hormiguero que es la calle peatonal, todo ser viviente habrá de saber que están cerradas las puertas de la catedral, ¡como siempre a las ocho y veinticinco!, un proverbio inalterable que comenzó desde que Dios creó el mundo... y los católicos aprendieron a rezar el padrenuestro de memoria. Aquí no se contiene, gira sobre sus despojos vivientes, masa tórpida y gotosa, dando vueltas y más vueltas, encima de la ruina espiritual de sus miserias presentes... Por momentos ve pasar a la gente, son fantasmas elegantes, hermoseados por el afeite de los rostros innominados y horaños. Allí o acá, por puro acto mecánico, a topetones, Nick se detiene (¿en el centro de la plaza?), y se encara con una señora de pinta graciosa y traje escarlata. Impúdicamente, la toma del antebrazo por la fuerza y, sin apelaciones, la commina a responderle.

-Dígame..., por última vez –casi gime toda vez que la aprehende con violencia-, ¿Cuál es la hora real, señora?... Embelesada, menos por el apretón flagrante que por su rasgo compasivo, ella le susurra sacudiéndose.

-Pero... ¿no ve usted? –el índice en dirección al reloj de la catedral- No ve que faltan... veinte para las tres.

Está empapado por una emulsión sudorosa y pesada y su respiración que antes fue pedregosa,

se modifica por un resoplido ventoso y glacial, y en los cristales nublados de su cerebro se le agolpan todas las horas, minutos, voces... Es el tiempo y su telaraña mentirosa, ritmo tautológico y rezagado de las manecillas en el epicentro de la parodia, Nick danza; alucina. Destemplado y al viento, dibujando volteretas, Nick: girándula contrariada por el retruécano de esta máquina que lo nombra y desnombra, lo expulsa y adentra... Pero, joh, ironía, Nick, quien puede creerle al tiempo, si es una ola ciega!...

Certera proyección de sus sentidos, o equivocación palmaria de sus instintos, de buenas a primeras, Nick intuye, valora... ¡Diez pasos lo separan de su casa! Y es notorio tanto que se percibe rectilíneo y memorioso, conoce la calle, los símbolos y la yerba; los ladrillos... No les mienten los olores, las luces, las flores, y ese ruido... ¿Nick reverdecido?, une pensamiento y memoria, sabe, en este instante, que va por buen camino (¿acto de súbito esperanza, espabilamiento súbito?) Recupera, paso a paso, las horas de este martes, los trechos perdidos... Zambullido en el recuerdo, recrea: los alimentos en el mesón, la bifurcación arcillosa de su jardincito; y advierte que es dueño de una infancia, un nombre propio, dos apellidos, una esposa, tres hijos (y, fuera de la casa, un sietemesino). Entre otras falacias de la memoria, Nicolás (que así se llama ahora) redescubre el rostro de su secretaria,

el piso de caoba centenaria... marfiles en la pared, el mármol florentino en las escalinatas... Ha barrido las horas difuminadas y esquivas, los relojes burlones y su sarta de mentiras encasquetadas. Arrasó con los rostros fisgones de los fantasmas bromistas ¡Ahora es Nicolás, quien se levanta! Acepta el conjuro. Vive y apuesta, da fe de esta honra grandiosa de haber vencido... la doblez, el hechizo... Exorcizado camina Nicolás Acevedo Barletta;atrás quedó el otro (el oscuro, el confundido). Con los cabos atados y recogidas las amarras de su voluntad recobrada, se sacude el polvo, ¡Nicolás avanza! Sobre el retablo de un deseo señero y obsesivo: llegar a la casa, confirmar la hora..., comprobar que sus alimentos estarán ahí, intactos, recién cocidos y que esta hambre rapaz que le despierta retortijones en los intestinos (¡Hambre radical de todas las noches a las ocho y treinta y cinco!), será reivindicada, en breve, por el hartazgo de los siglos. ¡Ese es Nicolás, marcado pro la cuita circular de su nuevo signo! Curvado por la devoción cronológica del afán que no cabe... y una sed que no apaga, desde que Dios fundó el mundo, y él remontó de simple bedel a dueño absoluto de la nueva fábrica... A un paso de su casa, Nicolás, ¡el bendecido!, termina por enterrar los barullos siniestros y su saga de relojes mendaces y ambiguos y evoca (como de costumbre), la cantilena dulzona que tanto halaga a su esposa.

-¡María, María... ay, mi María!

La puerta permanece abierta, matemáticamente igual al momento "ese" de su salida estrepitosa, y desde el pórtico cimbreño hasta puede creer que ve el mesón rombal del comedor, ¿ Los alimentos recién cocidos?... Y de una buena vez agrega con júbilo desmesurado.

-¿Dónde estás corazón? ¡Ay, mi María!, ¡ay! – Pero, el alborozo habitual le queda desmentido por la lividez sobreañadida al matiz desecado de su rictus apático, y por el sudor que a chorros le corre por la cara. Para el destello vidrioso de sus ojos cada espacio está salpicado por el rumor tintado de la noche; su cara contrita de apóstol desolado, asienta ya el dejo de su rostro desencajándose...

Al fin, desde el fondo, una voz tiznada de confusión, le responde:

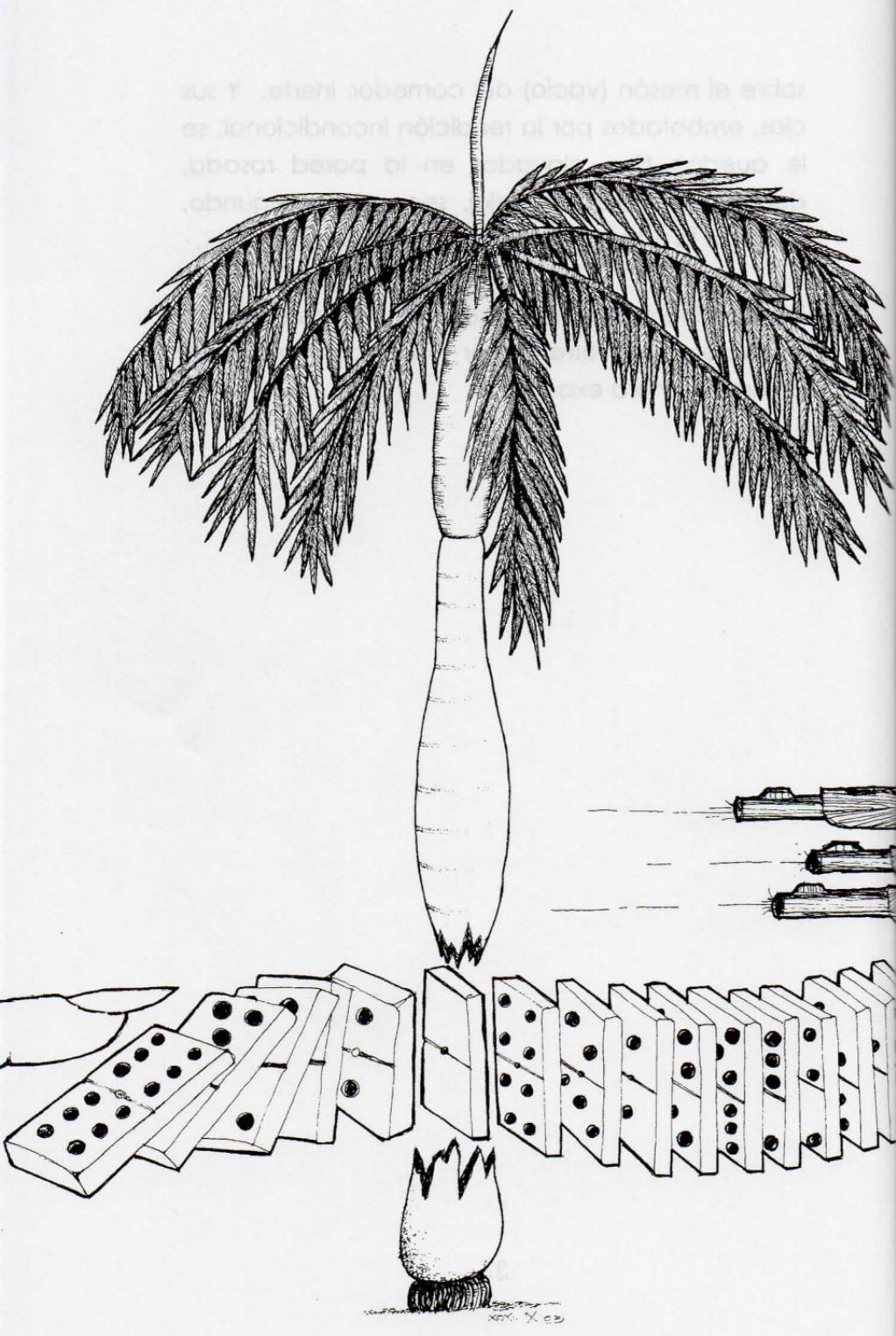
-¡Hola...Cariño! Pero... ¿y qué haces aquí, a ésta hora? – y enseguida vuelve a repiquetearle, tal cual el silbido que despidiera una bala en sus oídos.

-... ¿Qué no te das cuenta, cariño? Si apenas... ¡van a ser las tres...!

Nick, vuelve a quedarse... plantado en seco, alcanzado por la cresta más elevada y oscura del vértigo. Alza los brazos y se deja caer de brúces

sobre el mesón (vacío) del comedor, inerte. Y sus ojos, embotados por la rendición incondicional, se le quedan fijos, clavados en la pared rosada, donde las agujas del reloj, segundo a segundo, reinician la ruta inclemente de la contramarcha...

Desde afuera, llegan los campanazos estertorosos que salen de la torre mayor y anuncian las tres de la tarde, la hora exacta.



OLOR A OLVIDO

Seudónimo: Tierra

Autora: Silvia Di Franco

... hace varias noches me cuesta trabajo ir a la cama y no porque sufra de insomnio, sino, sencillamente, porque algo acontece cuando cierro los ojos que no quiero recordar. Confieso que siempre tuve miedo de que los sueños fueran premoniciones de mal agüero; así que al despertar, enterraba todo en el fondo de mi subconsciente. Ahora tengo una pesadilla recurrente que se adhiere a mi mente produciéndome una sensación de miedo e impotencia. Los objetos giran vertiginosamente hasta confundirse con la niebla que cubre mis ojos. Imágenes de cadáveres y miembros mutilados, en una amalgama macabra, flotan y se hunden en un lodo pantanoso y ensangrentado. Ruidos metálicos ensordecedores, prolongados por la multiplicidad de un eco brutal, taladrán mis oídos. La soledad es apenas soportable. Todo existe como una realidad fantasmagórica. Alucinada trato de

correr sin conseguirlo. En ese momento surge una cara cuyos ojos desorbitados se clavan en los míos desconcertándome con su mirada inquisidora. Me despierta una implacable urgencia de regresar a la realidad. La sensación persiste. Sobrecogida, mi memoria se paraliza y solo alcanza a transmitirme una señal de paranoia que en crisis periódica me va robando la calma. Me acomete entonces, el recuerdo de Clara. La descubro en la arquitectura de mi cerebro. Comparto mis andanzas en los tiempos en que la muerte no nos sabía a nada. Aguaceros de recuerdos me empapan con finas gotas de cristal brotadas del mar que circunda mi pueblo envejeciente. He vivido para contarlo. No puedo permitir que la historia se escabulla por el destino del olvido, donde la gente temerosa borra las huellas que surcaron la tierra enrojecida de sangre, los azotes del grueso garrote, acallando las conciencias y que, para sentirse vivas, danzan sin detenerse al compás de marchas macabras, estrategias que surgen de los hambrientos de poder.

II

La madrugada del sábado amaneció en crisis como si apostara a perder. El sol clavaba sus rayos hirientes entre nubes sangrantes hasta que el día despertó súbitamente. Sobre las pequeñas casas del pueblo, encerradas en su mutismo, corría un susurro interminable. Era como una agitación planificada al unísono. A lo lejos pude ver la multitud

hambrienta de venganza que corría desaforadamente. El tiempo no la detenía, y con él, iba incrementando el rugido ensordecedor de la masa humana. Perpleja miré a mi alrededor, los árboles parecían correr al compás de la gente como si se unieran a su destino. En ese momento, ante el peligro, bullía una exaltación perturbadora en mi corazón; sin embargo, en el fondo, sentí que me fortalecía. Ante mis ojos incrédulos estaba viendo la realización de muchas añoranzas. No esperaba una reacción de tal magnitud. Semejaba un enjambre, listo para una revolución. Años de espera se aglutinaban en una determinación inquietante: destruir el último bastión tangible de la dictadura, el busto de Julia Molina que se erguía como una madonna protectora de la moral nacional.

No estaba sola. Habíamos pasado días interminables urdiendo un plan, respaldada por la juventud implacable dispuesta a jugarse la vida. Clara y yo íbamos en una camioneta destartalada detrás del camión que subía por la carretera hacia el norte, siempre seguidas por la multitud. Ella rompió el silencio que caía sobre nosotras con el polvo de la carretera. "Crees que saldrá todo bien". No pude contener un ligero temblor, "¡Claro!", dije, más bien con el propósito de animarla. "Tengo mis dudas", dijo con voz apagada. Compartiendo su angustia continué, "Se te olvida

que ayer derribamos todos los rótulos en las calles que llevaban el nombre del tirano y su clan, en las mismas narices de la poli y todo salió bien"... Ella me espetó preocupada "La vida es como las cuerdas de una guitarra, si no las pulsas bien, no hay armonía". "Pero la vida es estéril sin un ideal", dije. Asintió con la cabeza y volvió a callar. Es difícil vivir en estos tiempos pensé, sintiendo un rastro de esperanza. Inevitablemente, estaba librando una batalla en mi interior, sentía crecer un desafío conmigo y con mi pueblo, una tensión entre mi mente y mi conciencia que me empujaba, sin comprender aún, cómo habíamos sobrevivido a tanto dolor, violencia y silencio, y sobre todo, a tanto miedo.

Llegamos al puesto de guardia que vigilaba la entrada y salida de la gente que "obediente" se dejaba registrar. No fue fácil conservar el aplomo, ni podíamos dejar que nuestra esperanza languageciera en ese instante. Frente a nosotras, agazapado en el camión como sapo en acecho el "Moreno" saca la soga ante el grito "Hay que tumbarla". La cuerda voló en círculos por el aire hasta dar en el blanco. El busto cayó hacia la turba que, tirada al pavimento, gritaba enloquecida, "Lo tenemos, lo tenemos ..." "A la mierda, los tiranos, hijos e'puta", vociferaban. La algarabía crecía ante los ojos de la poli enfurecida, "Militar, maricón, tú no cabe n'el avión". ... Un grito de alerta resonó como un trueno:

¡Cuidado! El Moreno dio un gran salto. Ya era tarde. El bastardo que estaba de puesto, un oficial joven, dio la orden de disparar en el momento que comenzaban a arrastrar el busto. Se oía el sobar de los fusiles. El silbido de las balas llenaba el aire a diestra y siniestra. El Moreno es el primero en caer. Lo cogieron en el aire, atravesada la cabeza por una bala certera. Entonces, en el paroxismo de nuestro miedo, corrimos enloquecidos, mientras la confusión crecía como buñuelo hirviente. Algunos se tiraban a las zanjas de los bordes de la carretera, otros corrían desesperados a refugiarse en los patios, letrinas o cualquier otro escondite que les brindara refugio. Los disparos continuaban su zumbido de muerte, cuando, por un supremo instinto de conservación, Clara y yo, arrastrándonos como gusanos caímos de canto en una zanja, entre malezas y miasmas. Ante mi impotencia y desesperación, un hombre cara al sol, acribillado por las balas, cayó a mi lado, solo cubierto por mi miedo. ¿Agonizante? ¿Muerto? Nunca lo supe. De vez en cuando, detonaciones aisladas continuaban cruzando, mientras los guardias enardecidos por el odio gritaban: "Salgan, malditos perros, para hacerlos brincar con gusto". En esa situación nos mantuvimos inmóviles en la trinchera sin atrevernos a salir. No sé cuánto tiempo permanecimos escondidas. Entonces sentí el peso de nuestras limitaciones ante la dicotomía entre el desafío de

un pueblo indefenso y el sistema que nos arrastraba al abismo. "El general huyó", fue el próximo grito, nunca supimos dónde. La gente fue saliendo con sigilo de los escondites. Un silencio de muerte abrazaba la devastadora escena. Todo lo que viví en ese momento interminable me pareció otra pesadilla. Sobre la tierra inerte, se amontonaban hombres y mujeres, ensangrentados, de cuyas bocas brotaba un hálito de vida; entonces, vi la sombra de la muerte arropando nuestra rebeldía y sentí temor. Alguien, con voz trémula, anunció el saldo: doce muertos y más de veinte heridos. El grito repetido de "El general huyó, sigámoslo", me sacó del estupor. La multitud, nubladas las pupilas de sangre por el desafío y el odio, no podía rendirse, quería justicia y venganza.

Avanzando fatigosamente rodeamos la casa del general al grito de ¡Línchenlo! Pero otra vez era tarde, nadie supo su escondite. En los rostros, la rabia crecía como bestia irrefrenable, ante la desaparición de toda la familia.

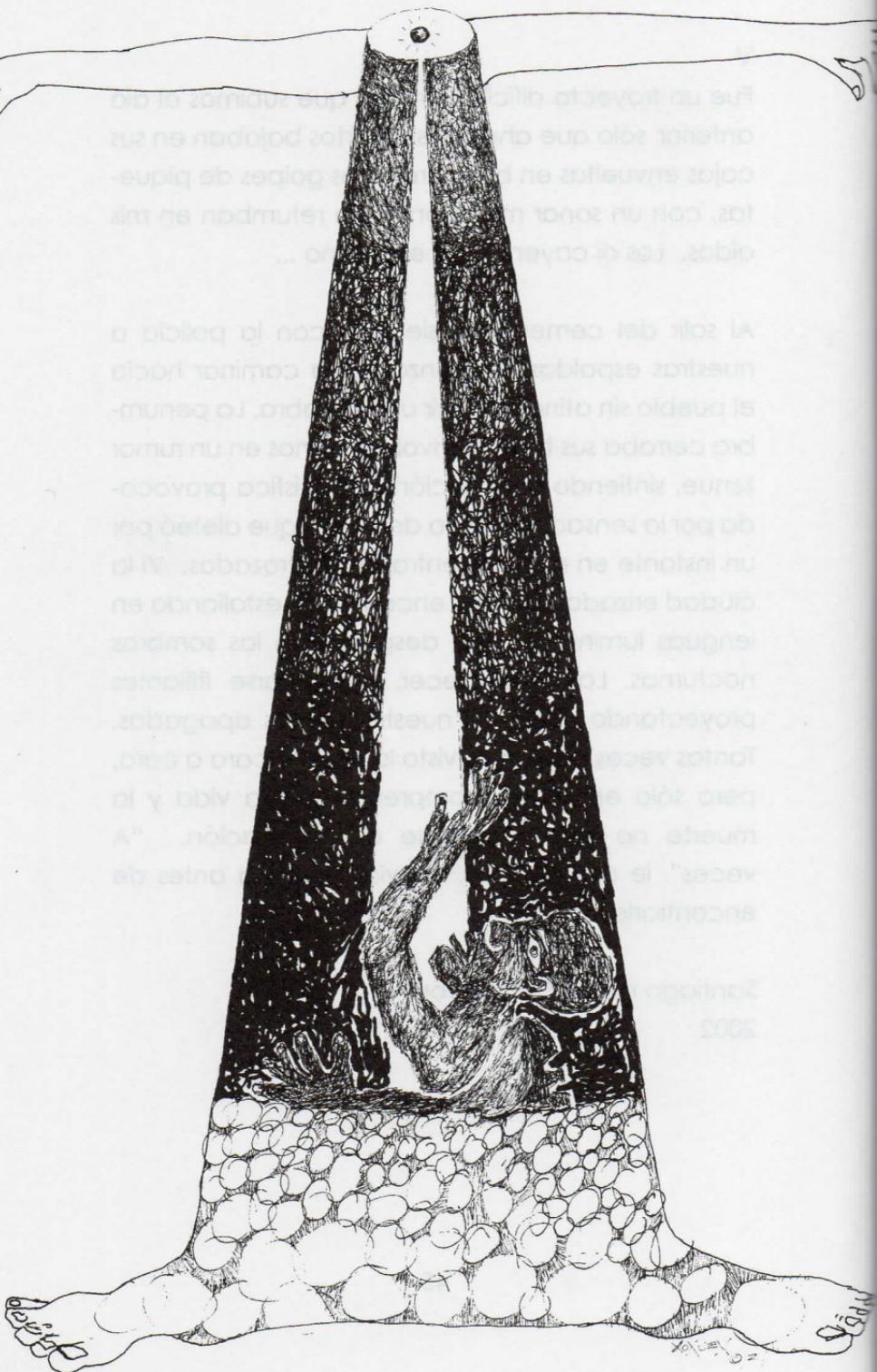
Sabía que el día siguiente sería crucial. Las curvas filosas de la vida se cruzaban en nuestro camino, cambiando el rumbo del destino. La euforia había desaparecido, dando paso al dolor. Haciendo acopio de fuerzas teníamos que transmutar el abatimiento para no claudicar.

V

Fue un trayecto difícil, el mismo que subimos el día anterior, sólo que ahora los muertos bajaban en sus cajas envueltas en banderas. Los golpes de piquetas, con un sonar monótono aún retumban en mis oídos. Los oí cayendo en el abismo ...

Al salir del cementerio, siempre con la policía a nuestras espaldas, comenzamos a caminar hacia el pueblo sin atinar a decir una palabra. La penumbra cerraba sus brazos envolviéndonos en un rumor tenue, sintiendo una fruición casi mística provocada por la sensación tímida de triunfo que aleteó por un instante en nuestras entrañas destrozadas. Vi la ciudad erizada de velas encendidas, estallando en lenguas luminosas, que desgarraban las sombras nocturnas. Las veía crecer, agigantarse titilantes proyectando su luz en nuestras almas apagadas. Tantas veces habíamos visto la muerte cara a cara, pero sólo entonces, comprendí que la vida y la muerte no tienen tabique de separación. "A veces", le dije a Clara, "la vida termina antes de encontrarla".

Santiago de los Caballeros
2002



EL POZO DEL OLVIDO

Seudónimo: La Perla del Pantano

Autor : José de Jesús Bencosme M.

El hombre miró hacia arriba haciendo un esfuerzo para retorcer la cabeza. Impávido, observaba cómo disminuía la luz a medida que caía el sol. El círculo era casi perfecto, en la superficie, atravesado como si marcara su diámetro, por un pedazo de árbol del cual colgaba una triste y oxidada polea. La miraba con devoción, como el perro callejero a su nuevo amo.

El agua, cada vez más fresca, casi llegando a fría, emanaba con ferviente facilidad de los poros subterráneos. A su lado, semiflotaba una cuerda de fibras naturales la cual miró con rencor. Todo esto sucedía a 60 pies de la superficie, quizás algo más, no menos.

La oscuridad, tímida al principio, se fue volviendo extrovertida. El hambre se hizo presente cuando lo invadió un profundo olor a lodo, exactamente a la hora que acostumbraba a cenar y extrañamente

la boca se le llenó de saliva, teniendo esta un sabor similar.

Los segundos afuera eran normales, pero para él allá debajo, se tornaron lentos y torturadores, sobre todo cuando cesó la lucha por ascender. De pie y apoyado a un extremo, maldijo en silencio su desdicha. La oscuridad se afianzó, finalmente, hasta su totalidad, mientras él se resignaba a pasar ahí su primera noche y esperar lo que deparaba el siguiente día.

El valor comenzó a desaparecer mientras avanzaba la noche. Sintió fobia a la oscuridad, a la profundidad y a la pequeña área del círculo. Sentía que la tierra se lo tragaba literalmente. Sintió angustia, incapacidad, miedo de ahogarse, hambre de compañía y sed de palabras. Impulso de volar, de correr, de caminar, de ver, pero era imposible llevar a cabo tales deseos, cotidianos algunos, pero en ese momento inalcanzables.

Pensó que de no recibir ayuda temprano en la mañana, reiniciaría su intento por escalar las húmedas y lámosas paredes de aros de concreto. Quizás si en este caso seleccionaba las grietas más amplias, podría entonces sostenerse hasta la superficie metiendo entre ellas los veinte dedos. Pensó que poniendo la cabeza y el tronco de su cuerpo como eje centrífugo del círculo y las extremidades (inferiores y superiores) a una distancia igual o

menor a la del radio, habían varias probabilidades: primero, que no resistiera tal esfuerzo; segundo, que se resbalara; o tercero, que no mantuviera el equilibrio. Pero a pesar de sus dudas el instinto natural de sobrevivencia le pedía a gritos que intentara algo. Se lo pedía de forma afable, pero inexorable. Así lo intentaría una vez aparecieran los primeros indicios del alba en el firmamento. Sin embargo, su yo interno tenía mucho miedo.

La noche fue larga y fría. Un frío sutil y selectivo lo atacaba principalmente en las partes que tenía dentro del agua. El cerebro, sobrecargado de ideas y pensamientos le impedía conciliar el sueño. Luego, tras larga lucha, logró mediar algunos lapsos intermitentes hasta que por un tiempo que le pareció largo, aunque no lo fue, se quedó dormido.

Despertó exaltado como si le sorprendiera su ubicación, como si hubiese olvidado el lugar donde estaba. Después reaccionó y volvió en sí. Aún estaba oscuro. Inició entonces una rutina para desentumecerse las piernas. Esta consistía en intercambiarlas entre sí, algo parecido a lo que hacen los flamencos mientras pescan, pero por espacio de menos tiempo. Notó entonces que el nivel del agua no había subido mucho, porque había dejado las paredes marcadas con la humedad. Al menos eso dejó de preocuparle y de provocarle pensamientos alusivos al ahogamiento que podía

ocurrirle mientras dormía. También dudaba de la calidad del pozo, aunque suponía que estaba bien hecho. Lo había hecho su padre cuando él terminaba de ser niño.

Como son las cosas, recordó que en la época en que lo hicieron yo soñaba con bajar hasta el fondo para ver con mis propios ojos lo que contaba mi padre mientras comíamos. Pero él nunca me lo permitió hasta que me convertí en casi un hombre. Entonces ya no tenía ninguna atracción, con excepción de la primera vez. A partir de ahí se convirtió en una obligación hacerlo cada vez que fuera necesario destapar las venas del manantial, sacar algún objeto o algún animal muerto. Pensó que de haber sido un niño todo esto sería una nueva aventura, pero ya no era un niño, sino un hombre y debía comportarse como tal. Vencer sus ataduras, sus traumas, su miedo y seguir adelante. Solo si era necesario, pero seguir hacia delante.

Un hombre presa del destino, de la suerte. Un hombre que contaba solamente con la suerte. Solo me salvo si tengo suerte, fue exactamente lo que dijo al amanecer después de darse por vencido ante el infructuoso y fallido intento como alpinista. Fracaso que lo sustentaba principalmente el miedo a caer de alto, a no soportar hasta la superficie. Prefería seguir dependiendo de la suerte a expensas de que a algunos de sus amigos le pasara por la cabeza venir a visitarlo. Y que una vez en la casa

optara por llamarlo y buscarlo por los alrededores de la misma. Por suerte la casa está cerca del pozo y sería fácil escuchar si uno de ellos vociferaba.

A media mañana comenzó a sentir hambre. Hambre que trató de apagar con algunos ataques de dipsomanía. Ataques que se prolongaban por varios minutos. Bebió mucha agua, a pesar de estar turbia como consecuencia de sus últimos movimientos.

El pozo se iluminó de repente al medio día. La iluminación cesó a los pocos minutos, tiempo que a él le pareció corto. Dejó de beber cuando la panza se le llenó de agua. Se sentó en el suelo, el agua le llegaba a medio cuello. Así pasó casi toda la tarde hasta que se quedó dormido. Durmió hasta que la oscuridad lo despertó. Solo se escuchaba el cantar lejano de algún grillo. Volvió de nuevo la claustrofobia, la oscuridad. Sintió de nuevo el sabor a lodo en el paladar. Pensó en su mala suerte. Esta vez no sintió frío, el agua estaba tibia, como si el calor de su cuerpo hubiera influido en la temperatura de ésta hasta alcanzar los mismos grados. O, quizás, todo lo contrario.

Aceptó la pérdida, con el paso del día, de la posibilidad de que alguien apareciera en su auxilio. Se resignó a descansar durante la noche. Sabía que nadie vendría, porque tenía fama de acostarse temprano, con las gallinas, decían. Esa noche le

pareció más larga que la anterior y quizás más larga que todas las de su vida. La pasó inquieto y sin sitio. Se sentaba, se levantaba, tomaba agua. Tomaba otra vez, se sentaba, se ponía de pie. Estornudaba, cruzaba los brazos. Frotaba las manos entre sí. Pensaba, dormía, despertaba, tosía, dormía, despertaba, amanecía, se lamentaba, hasta que finalmente se lamentó durante toda la mañana.

Al medio día igual sintió hambre, aunque más que ayer, pensó, para sí mismo. La claridad duró el mismo tiempo. Sintió pánico y, entre otras cosas, también dolor. Comenzó a preocuparse al ver cómo pasaba el tiempo. Trató de calmarse y sentado se dispuso a analizar la situación casi conscientemente. Trataba de predecir con objetividad las posibilidades reales de que alguno de sus amigos viniera antes de su muerte. Trató de darle coherencia a sus pensamientos mientras dejó de mirar hacia arriba. Cada vez que lo hacía movía la cabeza tratando de relajar el cuello. Tras mucho pensar llegó a la conclusión de que sí, de que alguien vendría. Pero ahora la pregunta era: "¿Quién lo hará primero?". Y al cabo de un rato él mismo respondió convencido: "Estoy seguro que será Pedro". Pedro era el que más posibilidades tenía entre todos ellos. Entre el pequeño grupo de hombres a los que consideraba amigos verdaderos. Y tomando un poco de barro en el índice derecho escribió en la pared, con letra de molde y

mayúsculas todas, el siguiente nombre: PEDRO. Claro -dijo-, él vendrá y me sacará de este hoyo. Y así inicio una tanda de miles de pensamiento y recuerdos los cuales protagonizaba su amigo de mucho tiempo, PEDRO.

Nunca imaginó que un simple ejercicio de escritura viniera acompañado de tanta tranquilidad. Cierta sensación de dependencia correspondida llegó a su corazón. Sentimiento que caería junto con el sol de un triste atardecer. Hoy terminará todo esto dijo. Él vendrá hacia mí. Saldrá del trabajo después de la cinco de la tarde hará alguna diligencia y llegará a la conclusión de que hoy es un buen día para visitarme. Caminará por la orilla hasta llegar a mi casa. Despues de hacer un recorrido por dentro y por fuera de ésta me llamará por mi nombre en voz alta. Yo lo escucharé y le responderé también en voz alta. Al principio no comprenderá de donde vienen mis palabras, pero estoy seguro de que al final me encontrará y encontrará la manera de sacarme de aquí hoy mismo. Cuando lo haga y ya esté afuera, en la superficie, no dará tiempo para explicaciones sino que se burlará de mí y de mi apariencia. Luego se pondrá serio cuando le diga que pasé varios días en el fondo del pozo. Pero al final terminará proponiendo que celebremos con una botella de ron. En lo adelante contará a todos cuanto pueda de lo estúpido, torpe y muchas cosas más que soy y dirá que solo a mí me pasaría esto. Y solo Dios sabe

cuanto tiempo durará hablando del caso. Esa es su especialidad, pero no importa lo que diga, lo importante es que me salve. Y confiado en eso se sentía totalmente seguro de que ese hombre sería su salvación. Incluso relacionó el hecho de que la última vez que lo visitó era miércoles, coincidentalmente, como si con esto fortaleciera aún más la probabilidad.

Cerró los ojos tratando de agudizar aún más sus oídos para cualquier llamado. Así se mantuvo por largo tiempo, pero el hombre no apareció, sino que se inició la cuarta noche de frío, hambre y oscuridad. El mundo se volvía cilíndrico y se limitaba a un pequeño espacio horizontal sensible, no tan así su verticalidad.

Con el día se fueron sus esperanzas de escuchar la grave voz de PEDRO. Y con la noche vino a su mente otra posibilidad. Como si una descartara la otra y con un radicalismo total, olvidó el anterior mencionado nombre, al tiempo que al otro extremo del pozo escribió de igual modo y casi del mismo tamaño, el siguiente nombre: LEO. Creo que éste es el más indicado, dijo, mientras le daba los últimos toques algunas horas después del amanecer.

A LEO le gusta aparecer en el momento menos indicado e inoportuno. Siempre viene cuando no estoy o cuando voy a salir. Confundía su situación

con algo inapropiado. Aunque era todo lo contrario. Quizás no estaba coordinando bien las ideas. "Quiero decir que cuando me visita nunca lo hace en condiciones cotidianas". Quería justificarse a sí mismo después de autocuestionar el análisis mediante el cual trataba de encadenar los acontecimientos hasta llevarlos finalmente a su rescate. Estaba consciente de que en esas condiciones cualquiera podría perder el juicio.

Este caso será diferente, pensó, en vez de burlarse lo que hará será difamarme a mis espaldas discretamente. Dirá cosas, como por ejemplo, "Yo no sé qué va a ser de ese bendito hombre, pero la verdad es que me preocupa su caso y a la vez me molesta porque, cómo es posible que...". Pero no importa lo que diga de mí, lo importante es que me salve, dijo. Aunque algunas veces llegó a pensar que era preferible morir antes que recibir ayuda de alguno de ellos.

LEO tampoco llegó, al igual que ninguno de los que posteriormente esperó en los siguientes días. El hombre comenzó a desequilibrarse emocionalmente, cuando ya le faltaban pocos nombres por escribir. Los escribió uno al lado del otro hasta completar el círculo. Separados entre sí por un punto del tamaño de la yema de su dedo pulgar. Había escrito y había esperado. Quizás a unos más que a otros, no sabría decir, ya había perdido la noción del tiempo. Había comenzado a vomitar el agua

que ingería. Sentía mareos momentáneos y se le nublaba la vista. Y todo indicaba que tendría un final trágico.

Los presentimientos de muerte hicieron que reaccionara ante la realidad. O salía por sí solo o moriría abandonado. Estaba claro que si seguía esperando llegaría el momento en que no tendría fuerza ni para mantenerse de pie. Era cuestión de vida o de muerte y dependía solo de él. Si no perdía el miedo a caer nunca saldría, pero también sabía que de intentarlo cualquier error podría resultar letal.

Esa noche decidió que debía descansar para ganar la mayor cantidad de energía física que pudiera. También le convenía estabilizar su estado psíquico. Decidió que la única posibilidad que tenía era tratar de subir solo desde el fondo hasta la superficie tomando el riesgo que fuera necesario. El riesgo era morir como consecuencia del intento.

Se sentó en el fondo y durmió hasta el amanecer. Sumergido hasta el cuello en la sopa fría y mal oliente que se había generado. Esa mañana despertó y abrió los ojos antes de siquiera mover un solo músculo. Luego respiró profundamente varias veces hasta que se puso de pie. Tenía el cuerpo blanco y frío. Realizó algunos movimiento leves de calentamiento y aunque tenía sed no bebió agua.

Al cabo de varios minutos levantó una de sus piernas hasta que se apoyó con el pie en la separación que había entre el primero y el segundo anillo, luego, apoyado en ésta e impulsado por las manos, agarradas fuertemente entre las grietas que separan el tercero y el cuarto, levantó la otra hasta que ambas quedaron a la misma altura pero en sentido contrario.

Luego repitió una y otra vez el mismo procedimiento, el cual mantuvo durante toda la mañana. Subía y descansaba, subía y descansaba y cada cierto tiempo trataba de calmar el dolor en las ingles y el temblor en las piernas y en los brazos. Las yemas de los dedos estaban blancas por la falta de sangre y contraídas como garras de ave rapaz. Ya había perdido toda sensibilidad.

El hombre parecía crucificado mientras descansaba, con la diferencia de que tenía las piernas abiertas y los brazos más altos que Cristo.

El fondo ya se veía en perspectiva cuando por un instante osó mirar hacia abajo, cosa que evitó repetir, porque instantáneamente le provocó un leve mareo el cual no supo si era por el vértigo o por la debilidad, la cosa era que no quería arriesgarse.

El ascenso parecía interminable y agotador, y a pesar del cansancio a cada centímetro que avan-

zaba, se aferraba más y más a la vida. Como si la situación lo ayudara a comprender que esta es de un valor incalculable y que solo en circunstancias como estas somos capaces de comprenderlo. Sintió que su precio era invaluable. No sentía el miedo que suponía sentir, sino unas ganas indescriptibles de llegar a la superficie.

El resplandor del día se hacía cada vez más presente sobre su rostro. Sentía más fuerzas que antes, como si estas aumentarán gradualmente dependiendo de la necesidad.

El hombre inesperadamente extendió una de sus manos hasta el vacío infinito del universo. No tocó nada. Instintivamente agarró con fuerza el borde de uno de los extremos del círculo de concreto impulsándose rápida, pero certeramente hacia arriba hasta que sólo quedaban las piernas colgando hacia el vacío. Así permaneció algunos minutos evitando el riesgo de no poseer las fuerzas necesarias para su último impulso el cual de no ser suficiente haría que él, su espíritu y todo su cuerpo cayeran aparatosamente hacia abajo.

Pero no fue así, porque se aferró salvajemente a la vida, a la maldita vida que había tenido. A la misma vida que muchas veces no le encontraba sentido, pero que en ese preciso instante valoraba tanto. Era solo la vida en sí misma lo que lo mantenía luchando.

Y haciendo un esfuerzo animal, clavó los dedos hasta los tuétanos y en el momento decisivo, raspándose todo el abdomen, el pecho y ambos muslos, se arrastró sobre el borde hasta caer tendido en el suelo. En la tierra de su vida. Y fue ahí, en ese preciso momento, cuando perdió el conocimiento.

No sabría decir con exactitud y ni siquiera aproximadamente cuantas horas, minutos y segundos había pasado en el suelo. Le resulta imposible precisar cuánto, sólo podría decir que le pareció mucho tiempo.

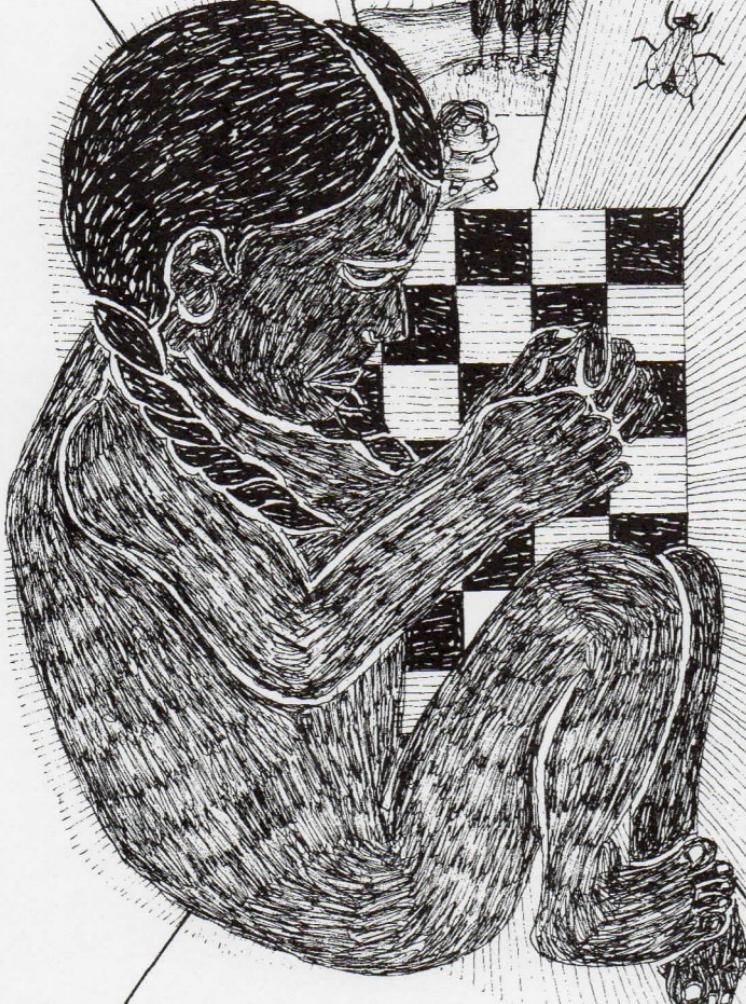
No sabría a ciencia cierta si cuando despertó era el mismo día o si había amanecido de nuevo. Sólo podría decir que se sentía como si hubiera recuperado todo el sueño que había perdido. No sabría decir dónde pasó más tiempo, si en el pozo, desmayado o durmiendo.

La noche del día que despertó, sea cual sea, comió mucho menos de lo que había pensado, de lo que había soñado comer. Comió plátanos, huevos y leche, pero lo que más le gustó fue el sabor de la leche, blanca, pura y caliente. Sintió cómo le iba calentando todo el cuerpo por dentro, calor que le hacía sentir la vida. Una vida que volvía a ser legible tras tantos pensamientos funestos. Una vida que hacía esfuerzos para volver a la cotidianidad de aquellos días en que no había

frío en su alma. Volvía, poco a poco, al ritmo que habían marcado sus pasos desde hacía mucho tiempo.

Aquellos días de angustia, de temor, de miedo pasaban poco a poco al archivo de los recuerdos. Hasta que fue un pensamiento distante, una mala experiencia, un mal momento. Un recuerdo borroso que pudo marcar la diferencia entre la vida y la muerte, pero que no había asimilado de esa manera, sino como el despertar de un largo sueño, del que había despertado para descubrir una cruda realidad: que está solo.

Una soledad que inhala cada vez que respira, que está presente en cada manifestación orgánica que sucede a su alrededor y que percibe con la misma mínima reacción de cada uno de sus cinco sentidos. Estéril tanto como perpetua. Profunda como el centro mismo del universo y real como la extraña sintonía que primó entre el desgaste del lodo, la desaparición de los nombres y el olvido abstracto de los mismos.



Xexuex

VIVIR A MEDIAS

Seudónimo: Proteo

Autor: Santiago Almada.

Antes volvía porque esta era mi casa, porque no tenía a dónde ir, porque no conocía otra vida que no fuera estar entre estas cuatro paredes, en esa especie de antesala del infierno, con las boorracheras de papá, con mis hermanos que por ser varones eran príncipes de la miseria en la que vivíamos, con mi mamá sumisa y apegada a papá como una sombra. ¡Pobre! Ella tampoco se imaginó jamás que existía la posibilidad de otra vida, no le enseñaron a preguntar nada, ni a exigir nada para ella, sólo a obedecer y llenarse de hijos.

Papá murió de noche, en plena madrugada y en medio de una tormenta que parecía que iba a traer el río hasta la casa. Después empezaron las primeras soledades, cuando mis hermanos se fueron cada uno a Buenos Aires, la capital que queda a mil kilómetros de este rincón junto al río Paraná, y desde entonces dejaron de ser personas y se transformaron en cartas mensuales, en

fotografía con enormes rascacielos a su espaldas, en esporádicos envíos de dinero que convertían a mamá en millonaria por una semana.

Ahora vuelvo a pesar de mis escasas ganas, a pesar de que cuando el transporte público que me trae dobla la curva desde donde se ve el río, como un espejo de mis sueños rotos, me parece oír voces que me dicen cosas que conozco de memoria, como si se rieran de mis deseos de creer y me repitieran que es inútil, que nadie puede regresar jamás, que en ningún rincón de la casa podré recuperar mi infancia ni los gorrones junto a los sauces, que hasta el río ya es otro y cada vez más distante y que mis muñecas apenas son trozos de plástico mutilado y sin ojos... pero vuelvo de todas maneras, a la mesita de la tía Eulalia donde cada uno de los casi cien santos que la llenan tiene su día y su milagro, a la salita donde la tele es el otro altar que llena los días con sus teleteatros, a mi cama con sábanas primorosamente bordadas donde me arropó con recuerdos, con ilusiones que cada vez se parecen más a las hojas amarillentas de cuadernos viejos, donde no me es posible extrañar a nadie porque ya no me queda nadie.

La tía Eulalia y mamá se complementan demasiado bien, se turnan para compartir la enumeración de sus achaques como si hablaran de virtudes, a veces sus diálogos son como los de las viejas rachonas que enumeran sus posesiones pero ellas, en

lugar de hablar de autos, de casas, de ropas caras, hablan de sus enfermedades... "el doctor ya me dijo que si bajo el azúcar y el ácido úrico se me va a ir el dolor de cintura" y la tía Eulalia se convierte en su consejera medicinal, le recomienda hierbas, le explica el origen de sus males según los astros, a veces me enternece su fragilidad, el mundo chiquito en el que viven las dos, teatros entendidos a medias, noticieros, comprendidos a medias, chismes de las vecinas con sus vidas opacas y a medias, y en el silencio de mi almohada me rebelo, yo no quiero esta vida para mí, tampoco quiero consuelos a medias, ni un imbécil en mi cama que ronque y trate de hacerme creer que eso que hicimos (o me hizo) se parece al amor.

Los domingos en la tarde la tía Eulalia prepara galletas dulces de canela mientras mamá mira en la tele películas viejas o escuchan discos con canciones de amor: boleros de Lucho Gatica, de Nat King Cole; a veces viene la vecina de al lado para actualizar la entrega de su servicio noticiero gratuito, mamá y la tía Eulalia la escuchan, se ponen al día sobre las vidas de los demás, la convidan con café y galletas y después que se va, fieles a una costumbre que es como su propio folklore, la despellejan, la juzgan en ausencia y la condenan al peor de los infiernos por chismosa, pero mientras ella desgaja su historia del nuevo embarazo de la hija de la vecina de allá, de la pelea del matrimonio de a la vuelta, "que el hijo de la Tuti está otra

vez preso, dicen que por robo doña Eulalia, pero la Tuti dice que no, que el Picu está en Buenos Aires y que está trabajando bien, dice, pero eso es mentira de ella nomás doña Eulalia, si a ese vagabundo cuándo le gustó el trabajo"... en ese momento llega Johana, la hija de doña Matilda, con sus siete añitos, el pelo peinado en trencitas, con la muñeca que le regalaron en su cumpleaños y como si recitara un libreto que le dio trabajo aprender, repite, con los ojos clavados en el suelo -Dice mi abuela que si va a querer que le traiga el santo mañana a la tarde... la reacción de mamá no se hace esperar,

-¡Ah, por fin! Ahora se acuerdan de mandarnos el santo...

La pobre niña sigue con los ojos clavados en el piso, como si la estuvieran regañando por la falta que no cometió o no recuerda haber cometido; y entonces veo las manos de mamá frente a mis ojos de niña, mamá agita ante mi rostro el pantalón de papá con dos rayas y me fulmina con mirada rabiosa y me grita que soy una inútil, y que cuándo voy a aprender a planchar, que ella a mi edad ya sabía cocinar y limpiar y que yo solamente me paso el día papando moscas. ¿Cuántos años tenía yo cuando cometí ese pecado, ese crimen? ¿Siete años? ¿Ocho? Pobre Johana, pobre yo, pero sin embargo hay algo de lo que disfruto, ahora puedo rescatar a Johana de estas viejas pesadas, le con-

rido a una galleta y le digo que sí, que le diga a su mamá que traiga nomás el santo. La niña dice gracias y se va, con sus trencitas y su muñeca y se van con ella mis siete años cuando era una inútil y me pasaba el día papando moscas y...

-Yo también le estaba por cantar cuatro verdades a doña Matilda, porque si ella tiene un problema con uno, que te diga, pero por qué se desquita con el Santo, ¿Eh? Antes la cadena empezaba por esta casa...

-La que mezcla toda la cadena es la de la casa amarilla, doña Eulalia.

-¿Cuál? ¿Esa mujer que dice que ejerce la prostitución?

-Esa misma.

Automáticamente empieza el catálogo de "virtudes" de la mujer de la casa amarilla:

-Se pintarajea toda y sale de noche.

-Siempre la vienen a buscar pero nunca es el mismo auto.

-Vuelve todos los días a las cuatro de la mañana.

-Las ropas que usa son caras y nadie sabe de

dónde saca el dinero para comprarlas.

-Duerme todo el día.

-Dicen que trabaja en un cabaret de la zona del puerto.

-Fuma como una chimenea.

-Dicen que la vez pasada se hizo un aborto.

-Si usted viera la ropa interior que cuelga en el alambre del patio de atrás.

-El otro día una mujer vino a la casa y le gritó que deje en paz a su marido.

-Dicen que mantiene a un tipo mucho más joven que ella.

El reloj marca las cinco de la tarde. Es la hora de empezar a preparar mi partida, armo mi bolso, guardo la ropa que usé en la mañana, mis apuntes de Literatura Española, la agenda del bufete donde trabajo, mañana debo pasarme el día entre juzgados y audiencias, la tía Eulalia y mamá lamentan que me tenga que ir tan pronto...

-Hija, pensar que yo a tu edad ya tenía tres hijos, cuando te veo tan metida entre estudio y trabajo me da un no sé qué, ¿Cuándo vas a vivir, hija?

-No te preocupes, mamá, el domingo voy a venir temprano, te voy a traer la pomada para la cintura y las pastillas para dormir, pero no te pases con eso, que crean hábito, mami...

Desde el transporte público que lleva de regreso a la ciudad veo el río, los sauces de la orilla, veo la vieja escuelita donde era posible soñar con todos los futuros, ¿Qué habrá sido de mi maestra, la señora de Arrieri? Una nube de polvo entra por la ventanilla y me blanquea el pelo y la cara, me prometo una larga ducha de dos horas. En la pensión donde vivo, la dueña me entrega un romo de flores que alguien trajo para mí. ¿ De qué siglo se habrá escapado ese alguien? La tarjetita dice "Hola, conseguí trabajo. Mañana tengo que ir a tomar fotos en el aeropuerto. Te invito a volar ¿Reímos juntos la próxima vez que nos veamos? Miguel". Una neblina enterneceda me empaña los ojos, me hace reír el recuerdo de sus imitaciones de la profesora de Literatura Española, "Blas de Otero es el poeta que rescata para nuestros días el misticismo de la cristiandad medieval con un sentido profundamente humanista". ¿Roncará? No importa. Me gusta la idea de que riámos juntos cuando nos veamos.

AYER

segundón; viñeta
Autora: Tatyía Gómez

MENTICIONES DE HONOR

2

AYER

Seudónimo: Ivanna
Autora: Tanya Badía

Comenzaba a atardecer cuando Juancho se dirigía a su casa.

El camino polvoriento no dejaba ver huella alguna, seguro que nadie había pasado por allí en algún tiempo.

Juancho miró a su derecha y vio la montaña: allá a lo lejos; alta, fuerte, imponente, recortada su figura contra el cielo; unas cuantas nubes pasaban coronando su pico.

Ya junto a él había unos árboles grandes y gruesos, dando sombra al camino que subía y subía. Ahora estaba una cerca, no la recordaba; seguro que la había puesto la gente del lugar. ¿para qué? ¡Y quién sabe!: ni Juancho, ni la gente del mismo lugar. Posiblemente ni Dios sabía.

El camino seguía en ascenso y polvoriento. El río se oía rugir allá abajo; Juancho pensaba en las veces

que siendo niño y ya adolescente nadaba y jugaba allí. El río era hondo, creyó recordar; pero en las cartas de su hermano (el único que sabía leer y escribir aparte del mismo Juancho en la familia), había leído que el río estaba bajito, tal vez no lo estaba tanto, pero para lo hondo que estaban ellos acostumbrados, quizás si había bajado.

Sí, ya se acercaba a las casitas, la subida había terminado ¡qué ocurrencia la suya, después de tanto tiempo sin hacer ejercicios, coger aquel bendito camino a pie! Sudando como un caballo se detuvo un minuto y sacó el pañuelo para enjugarse la frente. El viento sopló un instante y luego calló.

Había un trecho entre las casas y él; pero el olor de las cenas llegaba. Comenzó a soñar con esos víveres, con huevo, o salami cocido, la cebollita frita arriba del mangú, el jugo de limón y después el dulce de coco y leche, jummmmm!, que recuerdos los del campo. Pero era ya tanto tiempo sin probar nada de eso de la misma manera, teniendo el mismo sentimiento de paz y libertad que se preguntó si ahora, al volver, podría ser un niño una vez más. Solo una noche, eso no importaba, pero recordar, recordar sin miedo a tener que despertar, y recostarse en la falda de mamá, jugar con los otros niños, trabajar en el campo incluso, que fue una de las cosas que siempre odió.

Pensó en acelerar el paso, pero las piernas real-

mente le dolían, sin contar la pequeña maleta que cargaba en su mano derecha, a veces en la izquierda. Decidió descansar en una de las piedras del camino antes de continuar, total: perderse por cuatro años, sin que nadie, incluido él supiera donde estaba realmente o en algún momento en especial, dando vueltas en el tiempo y el espacio, pensando que sería bueno ponerse a pensar en algo que le ayudara, si pudo esperar todo ese tiempo, unos cuantos minutos más no harían la gran diferencia.

Mientras descansaba sentado en la piedra; una gran, redonda y lisa piedra, miró a un lado donde unos árboles tan viejos como matusalén se reunían, uno de ellos con una marca muy definida, una herida en su piel: la marca era una flecha, disparada con un arco, símbolo en sus tiempos de un grupo de amigos.

Miró un poco más y descubrió que la cueva en la que se había escondido cuando los primeros asaltos del amor hicieron acto de presencia; la primera chica que besó siendo todavía un chicuelo, la cachetada que le dio, y el beso que le repitió hasta que la muchacha se rindió y decidió jugar también ¡jajajaja! Sí que recordaba eso. La misma chica se la encontró un día, no recuerda dónde, acompañada de su esposo y un niño pequeño, una hermosa familia. Pensó en saludarla, pero luego decidió que no, era mejor dejar esos tiempos

atrás, porque sinceramente, ¡estaba más hermosa como mujer que como niña! Y claro, los juegos no serían ya los mismos. Aunque, tal vez, esa no fuera la razón; podía saludar a una vieja conocida, cuando ellos hicieron algo estaban aprendiendo que eran conscientes de lo que hacían. Definitivamente no era la familia de ella la razón para no salir a su encuentro; era más bien el deseo de no encontrarse cara a cara con algo que le recordaría que a pesar de todos sus esfuerzos para convencerse de que estaba mejor en medio de Dios y sabía dónde, había sido muy feliz.

Ya el atardecer extendía sus brazos, lanzando el último suspiro antes de entregar su lugar a la noche.

Se levantó y tomó el maletín; comenzó a caminar otra vez. Por algunas ventanas se veía a las familias cenando o ya jugando algo, en algunos casos oyendo la radio juntos, mientras la madre o la hija más grande limpiaba la mesa y se encargaba de cerrar la cocina por ese día. Se fijó que la casa de su viejo compañero de juegos, Roberto, estaba abandonada, prácticamente destruida. Sí, también recordó que su hermano le había escrito una vez que Roberto se ahogó en el río; se había sorprendido porque Roberto era el mejor nadador en toda la comunidad; pero a veces el río te da sorpresas y a su amigo le dio una grande.

El colmadito de Don Chucho está todavía allí; y

como sabía de memoria, mientras estaba la temporada de baseball, algunos jóvenes se reunían en el colmado a la hora de los juegos para escucharlos por la radio y escuchar las historias de Don Chucho, que según él, había jugado en un equipo de ciudad, pero que se lastimó el brazo y por eso no siguió en el juego. De hecho, ahora que sabía más de todo, Juancho reconoció que, verdad o mentira sobre lo del equipo, Don Chucho era uno de los hombres que más sabía y disfrutaba ese juego.

Siguiendo su camino se encontró con su escuelita, todas las peleas en ese patio; las clases de una señorita que sólo duró el primer año: la verdad es que era duro tener que enseñar en ese campo y a esos chicos y la señorita aquella no era de un carácter muy fuerte que digamos. Hasta el quinto estudió en esa escuela; desde el sexto hasta el octavo lo hizo, al igual que muchos de sus compañeros, en clases particulares. Meditaba en la manera como su padre y madre trabajaban siempre un poco más en el campo, como su madre aceptó trabajar en una casa de ciudad por un tiempo, sólo volviendo a casa los fines de semana para trabajar con el esposo y los hijos mayores en el campo, así era como conseguían el dinero para estas clases particulares. El hermano que le escribía las cartas era el más pequeño y Juancho le ayudaba en las clases, lo incentivó para que estudiara y el chico respondió; es más, cuando Juancho dejó

la casa para estudiar el bachillerato el chico decidió que él haría lo mismo; así que ayudado por la familia consiguió trabajo y estudiaba de noche; ya estaba en la universidad estudiando agronomía.

¡Cómo pasa el tiempo! Ya en la universidad, trabajando, siendo lo que pocos en su campo soñarían, pero siempre volviendo a casa. Juancho nunca pudo hacerlo así, siempre inventó una excusa para no ir al campo otra vez, para quedarse en la ciudad, conociendo gente y lugares nuevos, despareciendo en el espacio y el tiempo. Claro que recordaba su familia, la añoraba también, pero deseaba algo más que el campo. Al fin llegó al frente de su casa.

La propiedad estaba iluminada, seguro que su hermano ya había enseñado a los otros muchísimas cosas de la universidad, tal vez ya podían leer y hasta escribir. En la última carta le decía que hasta papá lo estaba intentando y que la propiedad estaba muy bonita, que el hermano mayor se casó pero que decidieron vivir en la misma casa de la familia porque la madre dijo no aguantaría dejar ir otro hijo, que la mujer estaba embarazada y bla, bla, bla... Para ese momento Juancho sacó cuentas y se fijó en que la mujer debería tener unos seis o siete meses.

Decidió rodear o al menos comenzar a dar una vuelta para ver el terreno entero antes de entrar. La noche, aunque clara no le dejó definir con claridad

algunas cosas para él nuevas en la tierra. Volvió a la entrada de la casa, al portón y cuando iba a entrar vio a alguien salir de la casa y sentarse en una silla. Se quedó quieto, observando, forzando la vista hasta que se dio cuenta que era José el de las cartas.

José se dio cuenta de que alguien estaba en el portón y pensando que sería algún vecino que no se atrevía a entrar caminó hacia Juancho. Este le gritó antes de que llegara:

- ¿Es esta la casa de Don Chucho?

- No señor, es la del colmado.

- Ah, gracias.

- A la orden.

José dio la vuelta y caminó otra vez a la casa de Juancho donde se quedó un momento más observando todo.

El amanecer lo encontró tomando un carro para ir a la capital, cuanto entró en el auto el sueño estaba venciendo, peor aún en sus sueños, pues lo único que tenía ahora eran los recuerdos. A donde iba no le importaba porque no sabía bien que haría al llegar allí; así que dejó que el sueño llegara, si que llegara, como cuando se dormía en las faldas de su madre, en las noches claras del campo, mientras su inconsciente seguía recordando, nada más que recordando.

MI VIEJO

Seudónimo: El viejo que amaba las Sirenas

Autor: Ubaldo Rosario

A: René del Risco Bermúdez

"Viejo mi querido viejo

ahora ya caminas lento

como perdonando el tiempo

yo soy tu sangre mi viejo,

soy tu silencio y tu tiempo."

Piero

Cuando olvidaba las miradas de los sueños te veía a ti papá despertándome a las seis de la mañana y te ibas a trabajar. En mi cuerpo aún sentía el suspiro dormilón junto a la cama y el insistir mamá de que me levantara, ya desayunando estaba Carlos Manuel y listo para ir a la escuela. Por las mañanas corríamos para tener las primeras butacas, entonces antes de llegar a la escuela te veíamos laborar, era gracioso papá, con aquel mameluco destenido que decía en tu espalda "Ayuntamiento Municipal". Muchas veces te asustabas como en otras ocasiones te enojabas, cuando Carlos

Manuel te golpeaba con las cascarillas de naranjas, tú les pedías las gomitas y nos regañabas con no darnos dinero. Carlos, embriagado de risas decía que era para matar lagartos en la escuela, entonces te ponías cariñoso y nos dabas suficiente para el recreo. Luego sin ton ni son, levantabas el palo de escobillón y ordenabas no correr, pero corríamos papá. Los viernes te encontrábamos bien vestido y preparado para ir a jugar dominó con tus amigos. Te recuerdo, porque hoy he aprendido a valorar a los mendigos, entonces rememoro el eco de tu voz a lo lejos diciéndome "Dale duro en la cara, no voltees el rostro cuando te den". Pasaba un asalto y veía tu rostro con aquel ojo fijo en mí. "Peléale cuerpo a cuerpo". Volvía y revisaba mis guantes, sí que me animaba papá. "Dale un upper cut" y yo casi corría porque Luis era mucho mayor y fuerte. Insistía de nuevo pregonando, "Un jab en la cara, Luis es un pendejo". La pelea terminaba al enterarse mamá que tú apostabas a mi favor y tomado del brazo me sentaba junto a ella mientras cosía la ropa por encargo de alguna vecina. Desde la ventana veías el espectáculo del barrio, gritaban los muchachos y tú animabas a Carlos Manuel. Librado, Víctor, Eddy, Juan, Julio y Sandi, estaban listos para la competencia. Entre risas limpiabas las gafas oscuras y las colocabas en tu cara como si fueran ellás un miembro de tu cuerpo. Sin las gafas era ver otro hombre con la mirada astuta de un cíclope.

Las seis de la tarde, mamá mandaba a comprar carbón y cuaba ordenándome encender el anafe, pero tardaba porque Carlos Manuel se preparaba para salir, tenían que darle la vuelta a la manzana y de súbito sacaba la cabeza del comercio y te veía mi viejo, levantando y trasladando a mi hermano entre tus hombros, cambiabas cinco pesos en cheles y reunías a los muchachos. Yo corría con la lata del carbón, en muchas ocasiones no me daba tiempo de llegar a casa y regresar. Esperaba, de momento los centavos bajaban cuando los sonidos mágicos del metal despertaban mi avaricia y golpeaba por tomar uno, dos o tres cheles. Luchando contra Luichi o Joselo y los demás corrían hacia otro lado buscando la lluvia de monedas. Feliz me levantaba escuchando mi nombre y huía a la casa antes que mamá me llamara de nuevo. Al enterarse ella de tu paradero con el radio de pilas esperando que las Águilas ganaran, me dejaba salir. Antes que la noche se desplomara, los muchachos nos reuníamos a jugar bellugas. Dos cheles con el rostro de Lincoln lo utilizábamos para comprar uno de palmita, era una reliquia un chele de palmita y si la fecha era vieja de años atrás, dábamos tres. Los centavos con la efigie de Duarte o Canoabo, valían más que las de Lincoln; pero al fin todos los perdíamos en el juego o algún jalao o riqui taqui cuando pasaba tío.

Afeitándote en una ocasión me gritaste enojado y me devolviste a correazos a buscar el vuelto donde

el pulpero. Cómo quisiera que ahora me reconociera, pero no lo hará, estoy más fuerte y viejo. Mi cabeza está poblada de canas y he perdido varios dientes. Tantos años sin ver el sol ha blanqueado mi piel y no hay forma de que reconozcas aquel muchacho que te sacaba las caspas mientras escuchabas la radio. "Mil doscientos veintinueve, ciento cincuenta pesos; ochocientos veinte, cincuenta pesos; trescientos treinta y uno, ciento cincuenta pesos; mil novecientos setenta y siete, Premio Mayor: uno, nueve, seis, siete. Premio Mayor; mil novecientos setenta y siete, Premio Mayor, setenta y siete". Te levantaste de alegría y los vecinos estaban con una gran algarabía en la puerta de la casa, sabían que tú tenías cinco años jugando ese número abonado y no tardaste en comprar la casa donde vivíamos alquilados y la construiste de blocks. Mamá dejó de hacer los dulces y Carlos se alegró de no venderlos más, hasta tío dejó de vender los riqui taquis que tú y él preparaban en las noches. Ese día cambió nuestra vida, Carlos Manuel tuvo su primera bicicleta pero no dejaba de fugársele a tío en la de carga y burlarse de él.

Setenta y siete, a partir de ese número sentí que los años pasaban más rápido sin darnos cuenta éramos hombres, decían que éramos adolescentes, pero Carlos Manuel y yo sabíamos que éramos hombres. Hasta nos caíste a trompadas y me sorprendí que no usaste la correa y todo porque

nuestra prima tenía amores escondido con los dos. Carlos y yo, celosos, no aceptábamos que estuviera con el otro y con los golpes sentimos que mamá se iba enterar, le temíamos tanto que decidimos compartirla. Pero lo que Carlos Manuel no sabía era que mientras él dormía, Julia se entregaba así todita para mí solo. Era emocionante verlo dormir cuando me excitaba con los gemidos de mi prima, era hermoso sentir su cuerpo desnudo temblando contra el mío. Un día se descubrió el embarazo. El miedo me dividió en dos, estaba tan asustado que sentía el mundo en mi espalda. En el taller avanzaba, en el trabajo lentamente y me daba a las risas, esa parte de mí me gustaba, pues estaba lejos de las preocupaciones. Al llegar a la casa, la otra parte de mí me golpeaba, sentía como si una agujeta me agujereaba el estómago, Julia me miraba y mi corazón sangraba, parecía como si alguien le cayera a patadas. Era horrible actuar así enseñando un rostro no acostumbrado al engaño. Trataba de buscar el otro lado de mí y alienarme a la tranquilidad, y no lo lograba. Sólo servía para disecar la realidad en una calma que no existía en mí. Sin darme cuenta te acercaste a mi papá y dijiste lo que te dijo una vez tu amigo el Síndico, que asumiera una actitud conformista cuando no podía resolver una crisis, porque la reacción de la vida normal es una farsa, que no tratará de seguir ideas ajenas de hombres y mujeres plastificados por la sociedad. Mi viejo, no comprendí sobre el significado de hombres y mujeres plastifi-

cados, pero me sentí contento cuando el mundo no estaba en mi espalda. Decidí hablar con tío y en ese momento Carlos Manuel saltó de alegría junto a él que insultaba a mamá, afirmando que no debió dejar ir a su hija a vivir a nuestra casa y ayudarla en los oficios. Nunca imaginé que mientras trabajaba en el taller, mi hermano y Julia se bañaban juntos. Imaginé todo lo que se puede hacer en el baño y especialmente con mi prima. Siete meses después, Julia estuvo de parto. La bebé era hermosa, Julia nunca pudo decirme quien era el padre. La niña se parecía a los dos y Carlos y yo teníamos el mismo tipo de sangre. La prima y mi hermano se mudaron, me sentí solo y le insistía a mamá de que lo convenciera. No lo logró, a mi hermano los celos le carcomían el estómago. Desde ese día me di a la bebida. Embriagado tuve una revelación, la vida se vive sola, independientemente de nosotros. El mundo circundante era un absurdo, me gustara o no. Julia no era una mujer, era una diosa, recordarla era idolatrarla con una botella de aguardiente. Una mañana te enteraste de la huída de Carlos Manuel a Puerto Rico. La yola naufragó, muchas personas ahogadas y desaparecidas. Mamá lloraba contando entre sus dedos las bolitas de un rosario. Julia pregonaba "Se lo dije". Tú no soportaste que en la noticia informaran lo sucedido. Buscaste a tío, se marcharon a Nagua y regresaste con él, fue un milagro. La familia lo besaba y lo aconsejaba. Yo estaba solo y borracho mirando a Julia como lo abrazaba y lo acariciaba.

Estaba solo y abandonado mirando a la familia admirándolo. Estaba solo, sin mi cuerpo, sin mi voluntad. Solo una botella en la mano. Solo, acompañado de una botella vacía, una botella que me había dado el poder de ser lo que era, un amargado. Entre las alegrías te veías corretear con la nieta, traté de pararme y caí hiriendo los codos. Mamá se acercó y sollozando me decía en mis oídos, "No bebas más. Mira el cielo, allá el altísimo te concederá pronto una buena mujer". Yo levanté el rostro al firmamento y recordé cuando tú nos hiciste las chichiguas, la de Carlos Manuel se reventó y corrimos en busca de ella, pero nadie la pudo atrapar, ella cayó allá en la finca de Pacheco entre esas matas de cambrones llenas de espinas. Mamá me abrazaba en el suelo y trataba de limpiarme las heridas y sonréí. Lo hice porque fue igual cuando monté en mi propio carrito de cajebola, tú lo habías hecho para los dos. Los muchachos y yo echábamos competencias y el ruido desde la calzada molestaba a los vecinos y al salir uno de ellos que siempre nos echaba agua, yo traté de pararme en plena velocidad lo hice y me fui de boca. Me raspé los codos y los labios, tú mi viejo, mandaste a comprar mentiolé y yo gritaba, "¡Ay... papá ya no me duele! ¡Papi, te digo no me duele!" Carlos Manuel se revolvía de la risa. Sí que me hizo reír el recordar mi infancia, mamá se dio cuenta y con ternura me abrazó más fuerte. Mi vida cambió, esta vez regresaba a los estudios, te había prometido terminar el último año del bachillerato.

La razón de mi nueva actitud, fue por la promesa a Carlos Manuel de conseguirle Visa, nadie lo sabía, estaba contento, si mi hermano salía del país, yo podía volver con Julia. Los meses transcurrían y un día visitó nuestra casa aquel quien fuera una vez Síndico en los tiempos cuando Papá trabajaba en el Ayuntamiento Municipal. Lograste junto a él la Visa de Carlos Manuel. Que alegría, se hizo un baile y mientras gozaban, en la oscura habitación, aquella que había compartido desde la niñez con mi hermano, ahí donde unos años antes había perdido la inocencia, me reconcilié con Julia. Al claudicar la fiesta, reuniste la familia y nos informaste de la hipoteca. La misión de Carlos Manuel, era trabajar y mandar dólares, lo suficiente para no perder la casa. Mi misión fue trabajar y mantener la familia, con esos fines alquilaste un terreno y compraste las cajas de herramientas. Fue lindo mi viejo, observarme un taller.

Al emigrar Carlos del país, me aconsejaste, haz esto y lo otro. Especialmente no podía seducir a mi prima. La familia la vigilaba, y cada día que pasaba era yo más temperamental, solitario y contradictorio. Controlaba a mi cuñada de una manera enfermiza. Nos veíamos fuera de la ciudad. Luego me sentí poseído de un apetito amoroso, fuerte y sano. Soñaba con una vida profesional e ir a la universidad. Tú, mi viejo, te oponías a ese modo de vida; me hablabas de Carlos Manuel, de mi madre, de los dólares, de no desear la mujer ajena. Pero

quería estar con ella, Julia me transformaba en un ser encantador y gracioso; aunque en mi interior era duro y no aceptaba ningún compromiso. Eso siempre le molestó a mi prima, reprochaba que yo debía ser su marido, fui el primero en saber del embarazo y me lo había dicho para que la tomara como mujer.

Pero no lo hice, ahora recuerdo a la familia, constantemente peleaba contra mí. Tío sacaba de vez en cuando un colín si no dejaba en paz a su hija, no lo hacía por ella, ni por la buena moral, sino por los cinco y diez dólares que le llegaban en cada carta. Se complicó más la relación familiar. Julia se mudó con sus padres y tú mi viejo me dabas fuerzas y valor, siempre fuiste un ser bondadoso y dispuesto al sacrificio; no me dejaste solo.

Los meses sin ella eran un cielo sin ángeles y sin Dios. Estaba incómodo, era un pobre diablo lleno de ansiedad queriéndoles demostrar a los demás que mi vida estaba llena de amor sin Julia. Esa actitud me enfermaba. Empecé a tomar, cada botella de alcohol sacaba el sufrimiento más profundo de mi alma, había maldecido tanto que creo haberla perdido, lo sacaba de allá, de aquel abismo oscuro y desdichado que estaba en mí. Así quería estar, que Julia supiera de mi sufrimiento. Varias veces recibí correspondencia en papelitos, recuerdo uno. "Mi amor, no tomes más. Cada vez que me encuentro contigo, así borracho, siento que mi

amor por ti va muriendo. Siempre te he amado por ser alegre y trabajador". Hasta tú, mi viejo, me admirabas por trabajador. El taller estaba abandonado y decidiste venderlo. Desde ese día el dinero escaseaba y era difícil un trago. Pensé, dejar la bebida y reconciliarme con la familia, ser más astuto y engañar a todos para verme a escondidas con la mujer de mis sueños. Era tarde mi viejo, Julia está embarazada de Luis, del maldito con quien tantos golpes nos habíamos dado desde niños. Él la mudó y Carlos Manuel dejó de escribir y de mandar los dólares. Tú casi enloqueciste al ver que nuestra casa hipotecada se iba a perder. Lloraste, hasta mamá lloró y nunca la había visto llorar. Yo enloquecí y vendía los ajuares de la casa y tomaba. Cada día era una eternidad, no llegaba el día de mi felicidad. Tomaba, tomaba mientras tú paseabas con tu nieta buscando ayuda con tus viejos amigos del Ayuntamiento, ninguno te pudo ayudar, ni el ex-síndico, ni la suerte. Desde lejos veía que llorabas en la habitación abrazando a tu nieta, abrazando quizás a mi hija, abrazando a la niña que yo nunca amé por estar buscando el amor de su madre. La niña era el único trofeo de amor en la familia. Tú lo sabías y la abrazabas junto a mamá cada vez que llegaba la mensualidad para el pago. Mamá escribía, todos los días mandaba sus cartas; pero Carlos Manuel no respondía.

Una noche enloqueciste, tenías que entregar la casa, el hogar de tu vida, el hogar que siempre soñabas, con tu escobillón al hombro, barriendo

cada calzada y contén de cada barrio y sin ton ni son te sonríe la suerte, el número setenta y siete te da lo soñado. No había forma, tus sueños no eran pesadillas sino la misma vida despedazándose poco a poco. Tomaste cada uno de los recibos de la hipoteca y con ellos incendiaste la casa, la gasolina distribuía las llamas mientras los gritos despertaban desde el fondo de mi conciencia embriagada, el pánico. Despertó en mí el temor a la muerte, aunque era ya un muerto que pasaba por la vida sin ton ni son. El incendio sumergía la altura hacia la iluminación de sus llamas que a la vez me quemaban los ojos. En verdad, no desperté por los gritos, lo hice porque los ratones cruzaron sobre mí, escuché la voz de mi madre. Lloré, mamá donde está.... donde está..... Los busqué a ambos y no los encontraba, sólo escuchaba las voces de auxilio pero no podía hacer nada, el aire se desvanecía, el humo me provocaba tos y mi piel no resistía el calor y me desmayé.

Todo quedó en cenizas y con los muros ennegrecidos. Los amigos me decían que te sentabas a llorar y sin comer frente a la ruina. Mientras tú añorabas lo pedido papá, yo cumplía condena de veinte años. Por la ventana de la prisión observaba unificio en construcción, "Miren muchachos, a tres manzanas de allí vivía yo". Los presos no se inmutaban; pero yo seguía mirando y tratando de olvidar. No a mi madre que tanto lloró en el juicio preguntando mi inocencia, no pude olvidar a Julia y a tu nieta.

Las prisiones son duras, dicen que son para reformar y educar a los delincuentes. Solo los presos saben que están para castigarnos. Lo peor de la prisión no era estar enclaustrado sin salir al patio, era que cada domingo nunca llegaba visita. Las madres nunca abandonan a sus hijos sin importar si es un desgraciado; pero mi madre nunca fue, estaba enferma. Ocho años después me enteré de su muerte. Ese día lloré porque me parecía que había muerto en ese instante. Me acerqué a la ventana gritando, mamá... y vi un perro flacucho y sarnoso que buscaba de comer en un basurero, yo seguía gritando y llamaba a mi madre. "¡Ay madre mía, no sabes cuánto te amé!" Ese día quería ser aquel perro y correr donde ustedes, no quería ser un perro para ser libre; sin importar donde estuviera, solo quería estar con ustedes. Papá, quería levantarte de esa esquina frente a la ruina de nuestro hogar y llevarte a volar chichiguas, a boxear y verte reír, mi viejo. Pero no mientras gritabas la muerte de mamá, nada más escuchaba la queja del probó.

No pienses que hoy te recuerdo sólo porque he salido de la cárcel o porque los mendigos tengan algún significado para mí. No papá. Lo que pasa es que hace media hora que te di la limosna y al no reconocerme porque tienes tu único ojo casi ciego por la quemadura, me ha cogido con llorar y recordar los buenos y los malos tiempos. Hace un rato cuando venía hacia acá recordaba la canción. Mi pueblo ya no es pueblo/ es una ciudad cualquiera/

con los edificios altos/ y con largas carreteras./
Mientras tarareaba vi a lo lejos en una tienda de
variedades a Julia ¿Quién podía saber el daño que
nos hizo? Ahora te veo sentado en ese lugar donde
estaba nuestra casa, detrás de ti una gran tienda
de electrodomésticos y un señor fuerte de unos
cuarenta y cinco años abrazándote y riendo contigo.
Te montas en su Mercedes Benz y el hombre se
detiene y mira a su alrededor con añoranza, de su
cuello pende una cadena enorme y un medallón
que dice Carlos. Adiós mi viejo, al fin has atrapado
la suerte a tus setenta y siete años de edad. Que te
vaya bien y acuérdate que la vida normal es una
farsa, no podemos seguir las ideas ajenas de hom-
bres y mujeres plastificados por la sociedad. Viejo,
aunque sean nuestros hijos.

DESANDANDO LOS PASOS

Seudónimo: Cid Moreno

Autor: Rafael E. Paula

Hoy he amanecido muy enfermo, exactamente hoy. No ayer, cuando la vieja Vitalina parecía celebrar mi partida de este mundo, solo porque cuando tenía yo once años le robé cinco huevos, que luego supe los guardaba para echar la gallina jabá que cacareaba a las cinco de la mañana despertando a todo el barrio. Entonces metí los cascarones en una funda y se los tiré en el patio. A la vieja le cogió con decírselo a mis padres, quienes, sin más ni más, hicieron lo que en estos casos de agravio aconseja el buen nombre de familia: me dieron una pela.

Tengo algo detos. Es casi algo normal considerando que tengo una gripe entroncada, la que ni la vieja me ha podido sacar con sábila, miel de abeja, cebolla, raíz de anamú y bija. Dicen que estos menjurjes sacan el catarro de donde sea, y la vieja es experta en eso; lo sé porque la he visto preparar esos remedios que luego le hace beber a uno con

la nariz tapada, con la amenaza de la pella si uno lo escupe sobre el piso de ceniza, el que ella se apura en pulir todos los días antes que se acueste el sol. La verdad es que es mejor tirarse este trago a soportar los tablazos sobre las costillas que lanza la vieja con puntería asombrosa. Y, si he de ser sincero, no sabe tan mal. Ojalá pudiera tener ahora esos zumos que ella prepara mientras mastica en silencio algunas palabras, que luego nos confesó a mi hermana y a mí eran oraciones a San Gregorio.

Topeté con la cama, justo en la esquina donde la vieja le ha colocado una cántara de leche vacía, para que le sirva de pata; es que estoy algo afiebrado y siento el cuerpo maloso. Me he sobado mentol en el pecho y la fiebre no se ha ido; creo que también me unté alcanfor a ver si baja esta calentura. Según me han dicho, bañarse con orina es bueno. Pero sigo echando fuego por las narices cada vez que jadeo en busca de aire puro. Si mi hermana estuviera aquí, de seguro botaría la cántara que acora la cama, recogería en el patio unas hojas de albahaca, naranja agria y menta; las pondría al fogón y me obligaría a beber la tisana hasta que esté segura de que sólo queda la zurrapa en el fondo del jarro. Me he arropado de pies a cabeza. Dicen que así se suda la fiebre.....

Debajo de las sábanas que la vieja confeccionó a mano con retazos de tela multicolor, me he acurrucado lo más que puedo, hasta que las rodillas me

topen en la cara y sienta que mi propia respiración me quema la piel, evaporando mis ideas, convirtiéndome en presa fácil de la vieja Vitalina, que asoma ahora a la puerta con cinco cascarones de huevos entre las manos, amenazando con decírselo a los viejos, que pegan duro. Le suplico que no se lo diga, que le pagaré haciéndole los mandatos durante un mes sin pedirle el concón mojado con salsa de carne a cambio. Pero ella parece disfrutar mi agonía. Ella sabe que los viejos no perdonan una ofensa tan grande hecha por un niño pequeño. Sabe que ellos le han entregado mi crianza a todo el mundo con aquello de que "Es criado suyo", "Ya sabe si lo ve por ahí haciendo algo malo, métale una pela, que nosotros le damos la otra". La vieja Vitalina es perversa. ¡Si tan sólo botara esos malditos cascarones!

Me corre el sudor por todo el cuerpo. Dicen que eso es una buena señal, porque indica que estoy sudando la fiebre, y en unos minutos estaré dándome un buen baño. ¡A los baños en la quebrada! Si uno es atiemposo y logra llegar antes de que los tígueres le picoteen canángana, se puede gozar de la frescura de esta agua que de seguro llega del cielo. Dicen los viejos del lugar que nunca se ha secado, a pesar de los meses difíciles. Su agua corre lenta por encima del lodazal, haciendo cosquillas a todos los diminutos peces que coletean entre las raíces de yautía y los restos de jaibas y caballitos del diablo que se pueden divisar en el

fondo. Eso sí, uno debe bañarse sin revolver el agua, pues se ensucia de una forma que en una hora todavía no ha aclarado.

Aunque la quebrada está lejos muy lejos, siento que su caño debilucho ha mojado las sábanas de tal manera, que se pueden exprimir y llenar una bacinilla completa por grande que sea. Si la vieja me viera ahora se alegraría, pues sabe que ya la fiebre ha cedido; y a mi hermana le entrarían inmensas ganas de correr por todo el patio, pisoteando la grama con fuerza, para que los vecinos sepan que ella sabe preparar buenas tisanas. Y no es difícil regar la noticia; aquí está la Chalupa, el hombre más jablador de la bolita del mundo, que goza con exagerar las cosas con tal de que le caiga una picadura de tabaco, o una mano de plátanos para la cena. Es enjuto, de caminar tambaleante por la bebida, y con los cabellos chorreados que le caen sobre la frente. Cuando alguien quiere que se sepa algo en lo que dicen berenjena, solo hay que soltarlo delante de la Chalupa; y lo demás es pan comido.

Tiemblo. Ha de ser por el frío. Pero el calendario asegura que agosto no se ha atrevido a irse entre las canas de la vieja Vitalina, que se ha dado un tinte para mortificar a las malas lenguas que juegan con su edad. Este mes debería ser de extremo calor, sin embargo tengo frío. Dos, tres, cuatro.... ¡Pero abuela! ¡Cuántas sábanas me va tirar enci-

ma! ¿Lo que quiere es asfixiarme? Me he quedado con las medias deportivas que me trajo el primo Berto de la Capital. ¡Ah, el primo Berto! Dizque lo firmaron con las Águilas, pero lo veo calle arriba y calle abajo con las manos entre los bolsillos, siempre con su mirada retorcida sobre el asfalto de las calles del pueblo, con un dejo de tristeza que no se corresponde con la agresividad que se supone debe mostrar un pelotero de su categoría. Yo creo que eso de la firma con el equipo se lo inventó él para que no lo obliguen a estudiar. Conozco su odio hacia los estudios desde que éramos unos mocosos. Me pagaba con su marifinga para que le hiciera las tareas que dejaba la profesora, y luego nos íbamos alegres los dos hacia el columpio de goma de carro en el fondo del patio de la escuela.

Siento ganas inmensas de ir a la letrina. Por más que he querido disimular, esta inoportuna diarrea me hace perder los estribos y salir corriendo como loco, con la tusa en las manos y sin atreverme a decir esta boca es mía. Solo quiero encontrar el cajón de la letrina. Lo veo en la distancia, se me va alejando a medida que acelero mis zancadas, como si quisiera hacerme pasar una vergüenza delante de toda esta gente. ¡Un momento! ¿esta gente? ¿Qué hacen aquí todos ellos? ¿No fue ayer la hora santa en memoria de mi abuela? ¡ya sé! Los que han venido de lejos se han quedado a esperar la Navidad. ¿Navidad? ¡Pero si estamos en agosto! Me río de esta pobre gente; de seguro todos ellos

no saben que faltan cuatro meses para empezar a comer puerco asado, manzanas, uvas y despilfarrar el dinero que se ha ahorrado durante el año. Mejor es que les diga que están en un error. Se los diré con el calendario en las manos, para que no les queda la menor duda. Sé que en diciembre todos se vuelven locos: compran de todo aunque no lo necesiten, beben de todo aunque les caiga como un trueno, comen de todo aunque las tripas se les rompan y cogen prestado aunque no sepan con qué pagarán. Y muchos de ellos ensayan un desabrido "Feliz Navidad" con una mueca que quiere ser sonrisa. Así que mejor aconsejo a esta parvada de lambones para que no caigan en la misma trampa del año pasado. Empezaré por la vieja Vitalina, a ver si deja de odiarme por los azarosos huevos esos, que más caros no pudieron haberme salido. ¿Qué le diré? ¡Ah, ya sé! Con el mayor respeto, a ver si le ablando el corazón.

- Doña Vitalina, yo creo que diciembre viene un poco duro, usted sabe..... Lo mejor sería guardar los chelitos de las uvas y manzanas, aunque estemos en agosto. De eso no se despinta nadie y como quiera hay que hacer el gasto.

Su rostro de cemento no se ha commovido con mis palabras. Al contrario, me mira con ojos de cobradora de huevos, y hasta creo ver en su mirada de fuego las peores intenciones para mí, como deseando que me lleve el diablo en lo que canta

un gallo. ¿Irme yo? ¿Acaso se le olvida esta vieja bruja que estoy en mi casa? Si alguien tiene que irse, es ella. ¡Le diré a la abuela que la saque ahora mismo!

Bueno, mejor hablo con mi hermana, ella es más labiosa; además sabe que la Navidad no es en este mes. Mi ojos la buscan a mi vera. Sé que está en la cabecera de mi cama, con el jarro de tisana en las manos. Puedo imaginar sus pequeños ojos achinados que fijan sobre las sábanas de retazos que la abuela me ha cosido con sus manos. ¡Si los vieran! Retazos de tantos colores que parezco un diablo cojuelo en plena acción, agitando la vejiga de puerco hasta que produce un chasquido seco sobre las nalgas de la pretenciosa hija de don Quirino, el cambia dólares, que se cree que tiene el mundo cogido por una pata, y que se ríe con la muela del juicio cada vez que se anuncia que el dólar subirá. La verdad nunca había puesto yo tanta saña en un vejigazo como ahora, cuando me toca darle a esta muchacha, justo en el lugar donde la espalda pierde su nombre. ¡Quién lo diría! Un soberano vejigazo a esta agujera que todos cortejan sin ningún resultado. Apunto bien, respiro profundo y lanzo el toletazo, mientras disfruto la risa burlona de la vejiga reseca al estrellarse en el objetivo muy bien seleccionado. Confieso que jamás imaginé que una mujer tan hermosa y de buena cuna supiera tantas malas palabras. A nadie le había oído un reguilete tan largo de malcriadeces

como a ella, y eso que yo sí he dado muchos fundazos en el carnaval....

Las manos de la Chalupa lucen hoy mucho más blancas. Dicen que nunca es tarde para aprender, y este carroñero de seguro habrá conseguido un pedazo de pollo que justifique lavarse las manos. De sus dedos corvos y de uñas amarillentas salen rayos de luz, que se esparcen entre el cuartito donde la cántara de leche vacía evita mi inminente caída. Cada dedo, un rayo de luz; cada rayo de luz una pierna de pollo, de oloroso pollo que pasa frente a mí y me hace agua la boca. Estiro mis manos para alcanzar las suyas, pero el esfuerzo es en vano. La Chalupa es rápido devorando carne. Diez huesos lamidos y vueltos a lamer caen cerca de la cama en donde he dejado la fiebre que me cuarteó los labios. Voy a recogerlos para devorarlos en fracciones de segundo. ¿Quién quita que lo mejor les queden algunas tiras de carne que los huecos en la boca de la Chalupa no advirtieron? Los recogeré y mascaré tan rápido que nadie lo notaría. ¡Pero qué digo! ¡Una persona de mi calaña recogiendo sobras!

-Uno bien grande me trae, que no tenga pechuga-
he ordenado, y ya sabrá este miserable hambriento que a mí no se me alardea con comida. Que la comida es mierda. Después de cocinada hay que comérsela o no sirve para nada. -¿Ya me trajeron el servicio de pollo? ¡Esta gente sí es lenta!

- ¡Es con mi dinero! No estoy cogiendo fiao, así que me traen el pollo o.....

Estoy aprovechando la luz que sale de los dedos de la Chalupa para identificar a cada una de las personas que están en mi cuarto. Recostada sobre una silla de hierro, la hija de don Quirino tiene los ojos fijos sobre la fotografía de San Gregorio que parece vigilante clavado en la pared, con su mirada de hombre bonachón. ¿Era tan chiquito el médico este? La verdad es que nunca me había detenido a mirarlo tan de cerca. Observo su sombrero y casi suelto una carcajada. ¡Se parece a Chaplin! ¿Se habrá ofendido conmigo? Lo digo porque en su rostro algo ha cambiado; noto que ha adquirido un aspecto sobrio y me ha..... ¿Me ha guiñado un ojo? ¡No puede ser! ¡Es sólo un dibujo!.

Un poco más a la derecha, la greña de mi hermana se mece forzosamente al vaivén de los aleteos del viejo abanico. Mantiene una pose muy seria, como cuando le anunciaron los de la tienda que irían a llevarse la máquina de coser si no se ponía al día con su cuenta. ¡Esos desgraciados! Son igual de carroñeros que la Chalupa. A mi hermana no pueden hacerle eso. Les cerré la puerta y los dejé en el patio, donde Bobby, el fiel guardián de tres razas cruzadas, les hará añicos las nalgas. Y bien merecido lo tienen. Ahora mi hermana se ve más serena, sin mayores preocupaciones, acariciando entre los dedos las blancas canicas del

rosario; sí, el mismo rosario que el cura bendijo el día de Corpus Cristi en medio de la euforia de todos los presentes en la misa. Ella pone especial cuidado en ese rosario y sólo lo saca de la cartera en momentos muy difíciles, como.... ¿Cómo éste? Pero, ¿qué está pasando? ¿Acaso hay anuncio de huracán?

Guardando la distancia, la greña de mi hermana me trae algunos recuerdos libidinosos. Tenía la misma forma el pelo de aquella rubia ostentosa que apareció en febrero cuando celebrábamos los vejigazos sobre la anatomía de la hija de don Quirino. ¡Eso es lo que se llama una mujer! De ojos verdosos y piel rellena de miel. Sabía cómo capturar nuestra atención al caminar, y en su mirada de fuego caímos calcinados todos los muchachos de la calle. Pero, ¡lástima por ellos!, no pudieron competir conmigo. Parece que a estos paraguayos se les olvida el poder de la gasolina. Y no es solo eso. Mi arte para enamorar no se compara con ninguna de las groserías que estos patas rajadas suelen vomitar ante una dama como esta, sacada de alguna revista de corte social. ¿Podrían acaso haber competido con esta forma de enamorar que nace de manera natural en mí?

Veo en tu piel, bella diosa,
el encanto de las flores
y porque eres tan hermosa
te regalo mis amores.

Es comprensible que hayamos llegado en pocas horas a consumar el amor en una de las más lujosas cabañas que conozco a la salida del pueblo, entre sábanas bordadas y respiros entrecortados, con promesa de volver a encontrarnos muy pronto. Aún conservo entre las uñas los restos de piel que le arranqué en esa noche de locura y pasión sin igual. "Cuando en tu gloria estés, acuérdate de mí", me dijo la Chalupa que nos había visto abordar el automóvil y arrancar chirreando los neumáticos sobre el asfalto, mientras él nos guiña un ojo con malicia y complicidad. Sé que este carroñero tiene algo bueno. Cuando se le confía un secreto, se convierte en una tumba. Así que no deberé temer los pleitos de mi esposa. Por más manos de plátanos que le dé, a este cristiano no se le saca ninguna información. Al día siguiente lo vi babeando cuando le conté cómo fue el encuentro con aquella mujer. Me dio unas palmaditas en la espalda, mientras exclamaba con orgullo de amigo sincero:

- No cabe duda: tú eres un timacle. Ni Ruborosa se hubiera conseguido una mujer así.

Sentado en la esquina de mi cama está el cura, el mismo que bendijo el rosario que mi hermana cuida con tanto celo. Es ciertamente un privilegio tenerlo en casa, pues se dice de él que no es amigo de visitar a nadie, a menos que no sea un caso de fuerza mayor. Su pelo ha sido cortado casi el rape, y no teme ocultar los restos del hongo que

le está incluyendo poco a poco en la lista de los calvos. Es curiosa su manera de mirar por encima de los bifocales. Detrás de los cristales se puede apreciar un par de ojos castigados por los años, casi arropados por los párpados en caída oblicua. En la parte inferior, dos exageradas y abultadas sombras grisáceas le imprimen un aspecto de cansancio increíble. Se le hace fácil acercarse a las líneas de las Sagradas Escrituras debido al avanzado estado de su cifosis que lo está convirtiendo en una especie de jorobado clerical a quien no quieren poner en retiro, a pesar de la sugerencias de doña Vitalina, que tiene muy buenas relaciones con el obispo. Al cura se le entrecruzan las líneas del texto, pero jamás permitirá que los presentes se enteren de su incapacidad para leer lo que ya se sabe de memoria. Así que astutamente pasa el libro a mi hermana y le pide con voz casi imperceptible que lea, señalándole el párrafo con el índice tembloroso. Siempre me he preguntado cómo se le permite a este noble anciano conducir la camioneta que lo lleva a la loma para celebrar la misa los domingos. Un día de estos se oiría la noticia de que se fue por una de esas jurunelas.

Haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedan de reserva, se irguió hasta donde se lo permitió la cifosis, para indicar reverencia a la lectura que haría mi hermana. Todos hicieron igual. Una vez mi hermana hubo carraspeado para limpiar la garganta, se hizo un breve silencio y todos se

quedaron inmóviles, en espera de la lectura. Si uno de ellos espera que ella se equivoque al leer, los planes se le volverán planazos. Esta mujer no sabrá de otra cosa, pero de lectura sí. ¿Acaso no le han valido las incontables veces que tuvo que leer a la abuela los Quince Minutos en Compañía de Jesús Sacramentado? Sin exagerar, creo que los leyó un millón de veces, y en muchas ocasiones, cuando se percataba de que la abuela dormía sobre la mecedora, saltaba tres o cuatro páginas del librito. Así que no me cabe la menor duda de la fluidez con que mi hermana leerá el texto por la salud de.... ¿De quién? ¿A qué vino el cura? Su figura doblada yace sobre la esquina de mi cama, entre dormido y despierto, con las manos reverentes entrelazadas sobre el vientre. Sé que a este cristiano se le acerca el día que deberá emprender el viaje definitivo al cementerio de Manresa, ubicado en el Doce de Haina. Por un instante abrió con gran esfuerzo el ojo derecho y lo dirigió hacia mí, luego a mi hermana y preguntó arrimándole el rostro:

- ¿Cuál es el nombre completo del enfermo?- y volvió a dormir babeando sobre la vestidura negra.

Allá, parada a la puerta, la vieja Vitalina endurece la expresión del rostro al dirigirme una de sus flamígeras miradas; y cuando está segura de que no la están observando, esgrime los malditos cascarrones de huevos que quisiera hacerle comer uno a uno. ¡Tanta gente buena que se muere! Pocas

veces la he visto tan satisfecha como ahora. Su falda azul marino con encajes blancos en el ruedo hace juego con las cortinas que adornan mi cuarto y me alegra saber que al menos en eso tenemos la vieja Vitalina y yo los mismos gustos. Porque algún día tendremos que hacer las paces esa bruja y yo. Eso sí, a mí que no me venga con abracitos ni nada, que ya bastante me ha mortificado con los cascarones sucios que lleva entre sus manos adondequiera que va. Pregunto: ¿Por qué no se los regala a su hijo? Sí, al tajalán ese que se la pasa comprando botellas vacías de cerveza para venderlas los jueves al camión.

Aunque no se lo merece, pediré permiso a la vieja Vitalina para entrar al túnel; le explicaré que, con su falda azul marino con encajes blancos, me tapa la entrada. Así le diré: -Si fuera usted tan amable de permitirme pasar....

¡Ah! ¿No lo había mencionado? Es que hace algunos meses, exactamente después de conocer a la excepcional rubia, empecé a cavar un túnel por el que emprenderé un largo camino, hasta alejarme de estos mirones que ante mi cama se persiguen, como si fueran verdaderos religiosos, sabiendo ellos y yo que están en todo, menos en misa, y que nunca los he visto entrar a la iglesia ni para un bautizo. El túnel es mío. Lo que pasa es que la vieja Vitalina le ha dado por adueñarse de la entrada, con su mirada burlona y su esqueleto hecho con

desperdicios que se encogen cuando los enhunden los aguaceros de mayo. Mi abuela siempre nos ha dicho que la decencia y los buenos modales pueden derribar hasta una montaña; así que le marcharé a la vieja intrusa.

Sé que escucharé su no altanero, porque se sabe dueña de la situación. Nunca ha cedido nada a nadie, es terca como mula y la expresión de su rostro infranqueable es suficiente para desanimar al más animado. Pero debe hacerlo. Son de las diligencias que uno tiene que hacer por sí mismo.

- Doña Vitalina...

No fue necesario terminar la frase. Con increíble rapidez y hasta un dejo de gracia, la vieja se había echado a un lado, indicando con la diestra el camino al túnel en el que debo entrar. ¿Será posible tanta amabilidad en esta mujer de acero? Acelero los pasos. He dejado atrás a los que inundaban mi cuarto (debo, confesar, ahora que estoy solo, que uno de ellos tiene un grajo endemoniado, y sospecho que es el cura). A mi paso se encienden miles de pequeñas luces blancas debajo de mis pies, en las paredes, en el techo! ¡Miles de luces! Es fácil seguirlas. Rutilan suavemente por cada movimiento que hago y ahora lo veo.... ¡Están tomando formas humanas!

- ¡Hey, yo te conozco! ¿Tú no eres...? ¡Abuela! ¡Qué

alegría encontrarte! Si supieras lo que han dicho de ti las malas lenguas, dizque que estabas muerta. Doy peso a morisqueta que es una de las invenciones de la Chalupa. ¡Hombrecito más jablador que ese!

- Abuela, no pude convencer a la vieja bruja, a doña Vitalina, para que me perdonara por lo de los huevos. ¿Te acuerdas? Pero si ella está aquí. ¡Doña Vitalina! ¡Doña Vitalina! Venga, que ahora sí me tendrá que perdonar. Aquí está la abuela.

No sé como hizo para llegar hasta aquí, pero la verdad es que ese despojo es doña Vitalina. Viene hacia mí. No sonríe. Trae entre las manos unos, trae los... ¡Oh no! ¡No puede ser! ¡No otra vez! ¿Cuándo acabará este suplicio? ¿Es falso eso de que no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista?

Ya sé. Haré como que no la conozco. Total, ella no podrá distinguirme entre tantas luces; y me doy cuenta de que no tiene muchos amigos en este túnel. Viene hacia mí. Levantó lentamente ambas manos y me ha puesto enfrente de los cascarones de huevos. La ignoraré. Dicen que no hay peor dolor que el desprecio el ser ignorado. Lo que ocurre es que esta vieja no es tan fácil de ignorar. Si la vieran.... Ahora se propone estrujarse los cascarones en los ojos. ¿Está loca la vieja esta? Cerré fuerte los ojos que no podrá sacármelos; los protegeré con esta pared blanca que guardo debajo

de los párpados, y pondré mi cuerpo rígido, impenetrable. Es más, hasta detendré la circulación de mi sangre, así ella creerá que estoy muerto y se irá con sus malditos cascarones.

Casi estoy seguro de que oigo llanto en mi habitación. Es inconfundible el de mi hermana. La he visto llorar muchas veces cuando las cosas no salen bien, y cuando la vieja se nos fue en una tarde de diciembre cercana a la navidad. Definitivamente es ella. Puedo distinguir otro llanto. Tiene tufo alcohólico y parece más sincero que el de mi hermana, más que llanto es lamento. ¡La Chalupa! No sabía que era capaz de llorar casi al borde de la desesperación. Veo al cura empecinado en administrar calma. Su voz débil no se escucha entre el llanto de mi hermana y el de Chalupa. La hija de don Quirino abraza a mi hermana y le dice algo al oído. En sus ojos no veo ninguna lágrima. Imagino que se debería ver mucho más bella si le corrieran dos dulces lágrimas por sus bien cuidadas mejillas.

Percibo mucho movimiento en la casa y empiezan a llegar algunos curiosos que miran desde lejos hacia mi cama, se tapan las narices y se van de recula, hasta perderse en lo curvilíneo de la calle. Mi hermana no parece estar en condiciones de hablar, así que una de las vecinas más afrentosas ha tomado el mando; la oigo hablar de jengibre, de matar un puerco mañana y otro dentro de

nueve días. Preguntó y no obtuvo respuesta de mi hermana si se mandarían a confeccionar recordatorios. En términos concluyentes y con voz de mandona dijo:

- Sé que duele, pero hay que dejarse de ñoñerías. Ustedes saben que él tiene esa enfermedad, de la que no se salva. Así que ¡ánimo! Ya ustedes le dieron en vida lo que él necesitaba...

La Chalupa, reanimado por las palabras de la mujer y limpiándose las lágrimas etílicas, se atrevió a mascullar.

- Un gustazo, un trancazo. ¡Esa era una mujerona! ¡Qué máquina! Y dichoso fui yo que no me la conseguí.

Me resulta muy aburrido todo esto. Encuentro más atracción en el millar de pequeñas luces que se encienden dentro del túnel con tan sólo mover yo un músculo. ¡Es fantástico! Me siento como un dios, el señor de las luces. Ya no siento los embates de la neumonía que me diagnosticó el médico, cuando le dijó en voz conmovida a mi hermana: -En realidad esa enfermedad no mata, pero elimina las defensas del cuerpo, y entonces hasta una mala mirada puede matarlo.

No tengo fiebre ni tos. Mis huesos han vuelto a colocarse en su lugar, y hasta me está rebotando la carne que los protege, aquella que me hace

apetecible entre las mujeres, sin dejar de mencionar, claro está, el poder de la gasolina. Y ¿saben qué? Siento que tengo el don de volar. Mi cuerpo flota con sólo desearlo yo. ¡Esto es vida! Si la Chalupa me viera ahora.... Me siento el hombre más dichoso de la tierra. ¿De la tierra? Bueno, no importa. "El hombre más dichoso del túnel", parece un buen calificativo para lo que estoy viviendo. Porque es verdadera dicha poder dominar la gravedad y flotar, recorrer el espacio y mirar desde arriba, y más arriba. Ver allá, rodeada de luces, a una mujer como aquella excepcional rubia que avanza custodiada por tres niños de cuerpos luminosos. Si me acerco más, a lo mejor puedo conquistarla. ¡Hey! Me ha escuchado. Voltea su rostro lentamente hacia mí, y empiezo a armar el rompecabezas de su belleza sin igual. Es hermosa. Es.... ¿Es ella? ¡Sí, es ella! ¡La rubia a quien entregué tanto esa noche!

Aquí está, a mi vera, más bella que nunca. Sin embargo, no siento el cosquilleo de la conquista inminente, sino un inmenso poder que emana de su interior y que obliga a obedecerle. Me mira fijamente y en sus labios puedo adivinar el asomo de una sonrisa misteriosa, algo triste. Sin embargo, me invita a seguirle, mientras salen de su garganta estas palabras:

Veo en tu piel, bella diosa,
el encanto de las flores

y porque eres tan hermosa
te regalo mis amores.

- ¿Las recuerdas?- sé que hubiera preguntado, si no fuera por la impertinencia de doña Vitalina que, con aspecto funesto y cadavérico, apareció de repente de entre las sombras, donde no existe el dominio de las miles de pequeñas luces blancas. Alzó sus manos una vez más; extrañamente los cascarones de huevos, que ahora se convertían en llamas, empezaron a quemarle los restos de piel seca y astillada, hasta convertirla en una hoguera de la que salían gritos aterradores.... Creo que clamaba por mi ayuda.

Ahora menos desconsolados, los sollozos de mi hermana y la mirada vacía de La Chalupa se iban apagando a medida que la rubia y yo nos alejábamos por el túnel, desafiando la gravedad y desandando los pasos de aquella eterna noche de entrega enfermiza.

Jarabacoa, Diciembre del año 2002.

EL DOMINGO

EL DOMINGO

Seudónimo: El Otro

Autor: Alejandro Ovalles Bonilla

El domingo, como cada vez entre sábado y lunes, llegó como masa enorme y pesada que aplasta pero no rompe, que quita el aire más no asfixia, sino que inmoviliza hasta el aire sobre los techos que reverberan bajo el sol que vigila la ciudad; la misma masa que embota ánimo y sentidos de quienes la habitan. Ana, desde el balcón, con un cigarrillo del que ya no sabe si es el que se está fumando, el que se fumó o el que se va fumar – pues ha encendido tantos uno tras otro–, lucha por no dejarse aplastar. Es mediodía y las puertas de las oficinas no vomitan a nadie, la gente no se tropieza como hormigas, una con otra en las aceras, ni en las tiendas entra o sale nadie porque están cerradas. Los autos aparecen bajo el balcón uno cada veinte minutos cuando más y Ana piensa, si acaso hay algo más penoso que un auto destartalado rodando solitario sobre una calle sin transeúntes, sonando la bocina ante un semáforo en rojo que no detiene ni da paso a nadie más que a él.

En la habitación –Ana acaba de regresar del balcón– el domingo también se ha colado. La música de la radio que en otros días suena alegre o triste o de alguna manera, a Ana ni siquiera le suena. Su música, la que ha comprado por gusto, apenas le suena, pero mal, porque no le recuerda nada ni nada le sugiere, contrario a otros días. Con risueña preocupación Ana observa que la cama tendida no escapó al domingo: la sábana blanca que reluce siempre, hoy cuelga lánguida y opaca besando cuatro veces al final del piso.

En la cocina –Ana no soporta su habitación, no hay que decirlo – también es domingo: sobre la estufa dos ollas grasientas y vacías hacen eco al zumbido de dos moscardones que vuelan sobre ellas. Unos vasos mal puestos en el lavaplatos, el desayunador con un plato con restos de pan y mermelada, sumados a una nevera con manzanas podridas y agua fría con sabor a verduras fermentadas, le resultan muy parecidas a escuchar la música de la radio o la que le gusta, o igual – “¡Exacto!”, piensa la mujer – al auto estúpido que se detiene ante el semáforo en rojo. Habitación, auto y cocina se le hacen un todo indistintos, pero extrañamente quién sabe cuál más lleno de domingo.

De nuevo en el balcón –prefiere el sol vigía que las moscas zumbando, aunque no sepa cuál es la diferencia–, Ana mira el reloj, va a calcular el tiempo entre los autos y a predecir si el próximo llegará

al semáforo de la esquina estando en verde o en rojo, el amarillo no cuenta. Pasan siete minutos y Ana no piensa esperar a que un auto le dé la gana de pasar para ella medirle el tiempo. Se exaspera y al momento se burla de ella misma. nadie la ha mandado a estar midiendo tiempos y calculando luces. En ese instante recuerda con agrado a Hans Castorp esperando que pasen los siete minutos del termómetro y, por analogía, piensa también en otros libros que ha leído y releído y resuelve pensar en alguno que quiera volver a leer para dejarse ganar el domingo; mas todos, hasta los tiene subrayados casi enteros y con anotaciones hasta en las guardas, le resultan tan sin sentido como su música que suena pero no evoca.

Hay que caminar, decide Ana, y baja la escalera pensando hacia dónde hacerlo. En el andén, cerrando la puerta, pasa tras ella el auto que esperaba para medirle el tiempo, gira la cabeza hacia la calle y en el interior del auto va un viejo lleno del mismo día. A la izquierda está la esquina del semáforo y el auto esperando a que pase un minuto y medio para que la luz le dé paso a él y a ninguno más que a él, porque el semáforo, contra todos los cálculos y predicciones de Ana en siete minutos, está en rojo. No quiere ir hacia allá, solo hay edificios de oficinas y poca sombra, el sol está alto aún. Hacia la derecha se inicia la parte vieja de la ciudad: construcciones ruinosas de estilo victoriano o gótico o de un indescifrable estilo ecléctico, se

alzan con el orgullo de los viejos que saben que fueron en otra época bellos. Hacia allá se dispone a caminar, pero todavía no camina porque un perro – “¿O es una perra?”, piensa Ana– está parado o parada, tampoco importa, del otro lado de la calle, casi frente a ella en la otra acera. La está mirando, nota ella, y le sostiene la mirada al animal pero sólo por unos segundos porque la sube de los ojos hacia las orejas erguidas en dos triángulos medianos perfectos, luego la deja deslizar sobre el lomo hasta la cola espesa y gris también erguida. Ana recoge la mirada y la pasea por las patas de ágil apariencia, pobladas, como todo el cuerpo, de pelo gris brillante. El animal no baja la mirada, la observa como la observaría un hombre –eso también pasa por la cabeza de Ana– y ella lo mira a los ojos otra vez. Tiene los ojos negros como los de ella y a ella le gustan sus ojos y a él deben gustarle los de la mujer, pero no lo piensa, “¿Quién no lo piensa?”, pues ni el perro ni Ana. Mira bonito él, eso sí lo piensa ella, también piensa que si ese perro fuera un hombre, fuera un perro de hombre, pero ¡qué hombre!.

Es un perro, no una perra, Ana ya lo sabe. Perdón, me adelanto, lo va saber después, porque está decidiendo pasar su mirada por el vientre, desde el pecho hasta bien atrás. Ya lo decidió y ahí va: Ana mira el pecho dividido en dos músculos, de un tono más claro que el del gris brillante que tan insolente exhibe el animal. Desliza otra vez la mirada, despa-

cio, hacia abajo y hacia atrás, yendo a estrellarse contra un cilindro velludo y formidable que ostenta al final la punta roja, muy roja y lustrosa, de otro cilindro menos grueso que se esconde y reaparece constantemente más largo a cada instante. El perro baja la mirada, Ana piensa que está avergonzado, pero no, no es eso, es que la está mirando. Siente su mirada recorrerla por los pies, subiendo lento hacia las rodillas redondas que se marcan sobre el pantalón, subiendo luego –más lenta la mirada– por las rodillas hacia los muslos, esquivando el centro al desviarse por una cadera y de allí a la cintura descubierta unos centímetros antes de llegar a la blusa donde piensa Ana que el perro detendrá la mirada –está segura de eso porque el borde no la dejará pasar. Ana se equivoca pues la mirada sigue su camino bajo la blusa, la siente más ahora que sube sobre su piel desnuda hacia los senos desnudos también, pero el perro esquiva otra vez la mirada y la pasa con estrechez entre ellos, haciéndola ascender hacia el cuello y las mejillas. Desde una de ellas ahora el animal deja caer la mirada y Ana la siente deslizarse veloz entre los senos, sobre el vientre, sobre su centro y la escucha caer como muerta sobre el asfalto que arde.

Hace calor, la mujer siente que sudá y que por todo el cuerpo le resbalan gotas de sudor. Aturdida, sacude la cabeza y siente el sol muy bajo, ardoroso, sobre ella. Vuelve a girar el cuello, otra vez hacia atrás, hacia el semáforo: el auto, con el

viejo lleno de domingo, como todas las cosas, espera aún el cambio de luz. Ana vuelve a sacudir confundida la cabeza y pensando en el tiempo transcurrido, la vuelve a girar hacia la acera de enfrente y no hay perro, ni ahí ni a lo largo de la calle entera que allá, casi al final, empieza a desaparecer entre vapores de alquitrán. Menos aturdida ya, por fin empieza a caminar. Una vez más, vuelve la cabeza hacia el semáforo, ahora en verde y hacia el auto que detrás de ella se aleja entre su propio traquetear. Vuelta la mirada a la acera de enfrente, hacia el perro, confirma que no está tampoco en la calle, en ningún lugar.

Ana continúa caminando mientras fuma y se burla de mala gana de sí misma por tamaño absurdo pensado en apenas dos minutos. Al doblar la esquina un ladrido lejano la detiene a la vez que le sube una sonrisa nerviosa y colores al rostro. En su reloj el minutero avanza lentísimo por encima del mediodía, cercano a la una del domingo.

PETREL Y ALOSA

objeto es el Seudónimo: Maximiliano

el o obvio Autora: Rosa Julia Vargas

Les había advertido muchas veces de los peligros de aventurarse fuera de su ambiente, pero —como es sabido— las glándulas jóvenes segregan cierta sustancia que actúa sobre los consejos escuchados y los convierte al instante en incitación. Y más en su caso, que desde siempre le había atraído eso de irse a andar. Como si lo llevara en la sangre desde que tuvo uso de razón, se alejaba y se alejaba, hasta conseguir que ya no los dejaran salir solos por las tantas veces que se arriesgó distanciándose demasiado de su entorno. En verdad nunca ocurrió nada emocionante en sus andanzas, la leve emoción de violar las leyes idas con el viento era lo mejor de la aventura, hasta el día en que se alcanzaron a ver.

No pudo retirar los ojos. Fue como si esa visión poseyera la llave que abría la puerta de todos sus ensueños. Sintió un estremecimiento tan fuerte como un mazo invisible que golpea dejando a uno

en el limbo y en ese pestañar le quedó la certeza de que la vida no volvería a ser la misma. Ese presagio le provocó miedo y se deslizó por instinto en sentido contrario a la visión casi arrastrando a su acompañante más cercano.

Petrel había volteado, atraído por el imán de una mirada fija, pero sólo pudo ver un celaje que desaparecía, dejándole la curiosa sensación de haberse sentido observado y la correspondiente ansiedad de averiguar quién fue.

No se sabe si fue el destino o el azar lo que los acercó de nuevo o que el intenso deseo de repetir el impacto de aquella emoción descubierta, hizo que condujera de nuevo al grupo a aquel lugar y allí estaba aquel lugar y allí estaba el otro, como si esperara. También parecía privado de conciencia, permanecería observando sin apartar los ojos, hipnotizado, como si estuviera ante un ánfora repleta de gracia o ante un destello de la luz divina. Se atrevió a hablarle, ¿y para qué fue eso?, esa voz fue el remate del hechizo, ahí quedó la pobre Alosa envuelta en sus sonidos. Le pareció un ser divino y hermoso, diferente a todos los que había visto antes.

Volver cada día al mismo lugar y que se convirtiera en el único tema de conversación fueron solo uno, pero cuando ella empezó a expresar lo que sentía, nadie podía entender ese encantamiento. Tendría

que estar embrujada para pensar en un idilio tan insólito, o el otro estar ciego para ignorar lo inusual de esa relación. Petrel y Alosa en cambio no notaban rareza alguna ni cuestionaban el porqué de su atracción, pues eran de los que creen que el amor cuando existe, no sabe de imposibles.

Ella con su prohibición a cuestas, llegaba siempre con alguno de sus amigos y todos coincidían en que era evidente que pertenecían a mundos distintos, y le cantaleteaban todo el tiempo que debería alejarse de él. Para que los dejaran en paz, trataba de no dirigirle la palabra, haciéndose experta en hablarle con los ojos mientras él se volvía un maestro de los gestos, y entre ambos crearon el manual de los mil modos de estar cerca, desde lejos.

Bastaba con que esa mirada cargada de ternura la siguiera para que ella saltara, bromeara y expresara entre los suyos su alegría. Cuando lo admiraba embelesada él reía por tonterías y mostraba como pavo real sus muchos atributos. Se moría por observarla, tanto que para no perderla de vista hubiera querido construir para ella una casa de cristal. Ella en cambio prefería observarlo deambular entre los árboles como hacía cada vez que se acercaba cargando con su vicio de traerle serenatas.

No había nada en el mundo mejor que disfrutar sus respectivas compañías. Ignorando las verdades cir-

cundantes, construyeron sueños, en ese terreno idealizado donde no hay cabida para los detalles.

Cuando ella asomaba y él aparecía se sabían de inmediato dueños de un rincón del paraíso, sumergidos en ese estado de éxtasis que aísla por completo. Sus almas estaban en una misma sintonía, acudían a su llamado, encontrándose al azar con más certidumbre que si hubieran acordado la hora y el lugar. Era un amor de dos sentidos, sólo verse y oírse les era permitido y cuando eran víctimas de la desesperación, sólo un roce bastaba para trasladarlos a la cima, a un relámpago de felicidad donde quedaba siempre de fondo la desazón de todo lo padecido hasta alcanzar ese instante.

Hasta que un día..... quedaron atrapados en un juego de probabilidades y quién sabe si fueron las demandas no expresadas ante la ausencia de ofertas concretas las que los desintonizaron o a lo mejor fue el romance que evolucionó a la etapa en que no basta lo que el azar provee y se desea además de compartir el presente, conocer el pasado y preservar esa fuente de dicha en el futuro.

Llegó el día en que ella asomaba y él no aparecía, sumergiéndose entonces en la tristeza recorría largos caminos, los oscuros laberintos y los profundos abismos de la melancolía, hasta que agotada volvía a aparecer, rogando que el destino o el azar se lo devolvieran.

A veces ella no venía y era él quien llegaba, terco, se empeñaba en esperar –o en desesperar– hasta verla aparecer, pero terminaba la tarde escudriñando en los espacios comunes y vacíos la huella indeclinable de su presencia o armando rompecabezas con piezas de sus encantos y usar esa recreación como gotas de linimento con que frotar la agonía espantosa que tiene por cura sólo una voz o una presencia.

Cuando ella no se asomaba ni él aparecía, le quedaba a cada quien por su lado bregar con la angustia sin derrumbarse y manejar el dolor hasta saber bienaventurado al que no somatiza. El mayor temor era a que el organismo sucumbiera, pero muy seguros estaban de que por esto que los abrasaba, valdría la pena mil veces, repasar cada una de las cuentas del rosario de sus nostalgias.

Ahí estaban, estragados, víctimas de sus desigualdades y del destino indescifrable. Estar en su presencia, contemplarlos apartados, era como escuchar un grito pregonando todas las carencias. La intimidad casi nula no les permitió siguiera conocer sus defectos, por eso la imagen del uno para el otro está así, pulida, matizada, arreglada, maquillada, inmune a lo que se viera desde cualquier otro cristal. Nunca supieron si eso es el amor o si se habían hecho adictos a la mejor imagen de sí mismos que verían reflejada en otros ojos, a un espejismo de sí mismos, a su Narciso.

Después que el azar, quien saca a relucir su mayor crueldad cuando más se espera de su bondad, los dejó por su cuenta, sin contribuir para nada en que se dieran las felices coincidencias, llegó aquel día en que lo normal fue que nadie apareciera, como habían predicho los demás desde el principio.

Fue cuando él impuso la ausencia de un viaje –largo según decían– sin mediar palabras ni despedidas, y fue cuando ella conservó el deseo de vivir y el esfuerzo por sonreír, colgada de la esperanza de que ocurriera algún evento fortuito que los uniera por siempre.

Pasando el tiempo, previendo que podría enloquecer con su manía de Penélope moderna se insertó entre las ramas de la ternura y el afán de la genealogía. Mientras adquiere canas y pierde el interés por contar el tiempo, todavía la sorprende a veces la ansiedad de verlo aparecer milagro en manos, un milagro otorgado por algún dios o algún mago, un milagro que le permitiera convertir las aletas en alas o las plumas en escamas – qué importa – lo que hay es que corrija ese único problema que los separa; el asunto ese de que él es un ave... y ella es.... un pez.

Después de la noche que pasó a la noche en la noche
cuando cuando más se separó de su novio, los
dejó por su cuenta, sin cumplir su promesa de no
se alejar por razones considerables. Llegó tarde al
que se suponía el cumpleaños de su hermano, cuando

LA REBELIÓN DE LAS ROSAS

Seudónimo: La Rosa Púrpura del Cairo

Autor: Mélido García

- ¿Por qué no podría yo tener un rosario como el de la vecina Milagros?

- ¡Ay, Estela!, ojalá no tengas que arrepentirte nunca por esa manía tuya de querer todo lo que tienen otras personas! Exclamó tu marido, con una lástima que había desplazado, desde hacía un tiempo, la rabia que le provocabas con tus caprichos.

- ¿Por qué no podría yo tener un rosario como el de la vecina Milagros? – Volviste a la carga, repitiendo la misma frase que ya a tu cónyuge le parecía un insopportable estribillo.

- ¡Ay, Estela! –repitió tu marido–, ¿cuándo te librarás de esa vieja costumbre de vivir anhelando todo lo que los demás poseen?

Pero, en vez de responderle, continuaste observan-

do el hermoso rosal que adornaba el frente de la casa de Milagros y seguiste con la idea metida entre ceja y ceja: sembrar toda la parte delantera de rosas sólo porque tu vecina Milagros, quien se había mudado un año antes del sector residencial en el que vives desde hace tres décadas, había plantado rosas de todos los colores en el frente de su casa.

¡No, no puedo permitir que la casa de al lado tenga un rosal hermoso y la mía no! ¡No, no puedo permitir que las miradas de todos los que pasan por la calle y de todos los que vienen a mi casa y a la de ella, se concentren deleitosas en su jardín! Ese rosal que ha hecho que todas las cosas valiosas, exclusivas de la mía, ya no despiertan miradas admirativas de cuantos vienen aquí. Ese jardín, más que de rosas parece cubierto de imanes que, en vez de objetos metálicos, halan miradas. ¡Tendré un rosal mucho más hermoso que el de Milagros, no cejaré hasta lograrlo! Quién podría saber cuánto mide el vacío que se aposenta en mi alma cada vez que veo a alguien poseyendo cosas que no tengo! Desde niña, me ha resultado insoportable ver a otras personas disfrutando con sus pertenencias, y he sentido que con cada objeto me están diciendo: “¡Mira, mira, para que te mueras de envidia!”

Nunca pudiste aceptar la supremacía de otras personas sobre ti. Por eso, desde niña, hiciste todo lo

possible y hasta lo imposible por lograr que todos tus caprichos fuesen complacidos.

Tus amigas de infancia soportaron todas tus intromisiones el día de Reyes de cada año. Tú, niña caprichosa como ninguna, las obligabas a decirte qué les habían pedido a los Reyes Magos, sólo con el propósito de que a ti te dejaran juguetes que despertaran la envidia de las otras, porque tus peticiones a los Reyes siempre las mantenías en secreto y ninguna de tus compañeras de juego lograba saber qué te dejarían hasta el mismo día seis de enero en el que te regodeabas, rompiéndoles los ojos con los juguetes que solo tú poseías. Y eso ocurrió durante algunos años, pero con el paso del tiempo, tus amigos dejaron de envidiarte, convencidas por sus padres de que en realidad debían tenerte lástima porque tu afán de alardear con las cosas materiales sólo era una muestra de cuán pobre tenías el alma.

En una ocasión, cuando habías cumplido diecisésis años, le pediste, más bien le exigiste, a tu padre, que obligara al dueño de la barra por donde cruzabas al dirigirte al colegio, a dejar de poner el merengue que dice:

Ay, ay, ay

Ay, Estela,

que yo tengo un penar,

tu tienes el remedio

y no loquieres dar.

Ay, Estela,
que yo me voy a morir,
tu tienes el remedio
que pa' curarme a mí.

A juicio tuyo, eso era una ofensa demasiado grande, sobre todo, por las burlas que te hacían los muchachos (tígueres, los llamabas) que bebían ron en la barra, quienes formaban ruidoso coro utilizando esas letras, acompañando sus voces con movimientos obscenos hacia "tus partes", en una clara insinuación de cuál era el remedio que no querías darles y tú, que te considerabas nacida para casarte con el hombre más rico, y por tanto, más codiciado del pueblo, el mejor partido, no podías tolerar que unos tígueres rastreros cogieran en sus vulgares lenguas tu nombre, el nombre de la hija única y mimada de los distinguidos señores don Juan Antonio Ramírez y doña Ernestina de los Ángeles Sánchez.

Y mi padre fue donde el propietario de la barra y lo conminó a dejar de poner el merengue de marras, pero eso no evitó que el tigueraje continuara con sus coros y sus insinuaciones. Y tuviste que acudir de nuevo al poder de tu padre a fin de que amenazara al dueño de la barra con cerrársela si no impedía que esos tipejos siguieron molestandote. Ese día tu padre dijo:

- Pero, hija, ¿no sería mejor que dejaras esas costumbres de ir a pie hasta el colegio y te vayas en uno de los tantos vehículos que hay aquí?

- No –respondiste–, me gusta caminar y no dejaré de hacerlo sólo porque unos desarrapados quieran hacerme la vida imposible.

Y tu padre, cacique del pueblo, el hombre más poderoso, de cuyas empresas y negocios dependía gran parte de la población, hizo lo que le pedías.

Claro que no le dije a papá que en realidad no era por caminar por lo que deseaba ir a pie al colegio, sino por otro motivo: por lo mucho que me complacía interiormente al ver la estela de envidia que dejaba a mí paso cada vez iba camino del colegio o por cualquier lugar.

Estela, este nombre me queda como anillo al dedo. Estela. Sólo porque sé que uno de los significados de mi nombre es: "rastro que deja algún cuerpo en movimiento", no hice que me lo cambiaran desde que salió la vulgaridad de merengue ese que sirvió a los tígueres para burlarse de mí.

Pero te duró muy poco tiempo la satisfacción por haber logrado que no pusieran el merengue acompañado por las insinuaciones de los que llamabas tígueres y sobre todo, por constatar cuánto esfuerzo realizaban para aguantarse las ganas de cantarte el merenguito que detestabas y que eso se había logrado gracias al poder de tu padre. Pero, sólo transcurrió una semana para que

el anterior merengue fuese sustituido por otro que dice:

Cuca, tú si te la das,
será porque llevas el motor atrás.

Cuca, tú si tiene plante,
será porque llevas eso por delante.

Y otra vez, a pedirle a tu padre que tomara cartas en el asunto, lo que era igual a decir que obligara al dueño de la barra a dejar de poner el merengue. Y así se hizo, pero, para mayor escarnio, los tígueres, que no estaban dispuestos a dejarse vencer por los melindres de una niña rica, comenzaron a piropearte usando las palabras más groseras, según tu criterio.

- ¡Fuió, fuió! ¡Si como camina cocina, guárdame el concón!, voceaba uno.

- ¡Muchacha, tú naciste un sábado! ¡Qué rendida eres, mami!

- ¡Eres una compra con todo y ñapa! –exclamaba otro.

- ¡Cuánta curva y yo sin frenos! –coreaba un tercero.

Y esa vez tu padre se negó rotundamente a volver donde el dueño de la barra. Y te dijo:

- Si no quiere escuchar a esos muchachos, váyase en un vehículo.

Ese día supiste que tu padre no te complacería. Tuviste esa convicción porque te trató de "usted", tratamiento que sólo te daba en las pocas ocasiones en que, por ser tú la luz de sus ojos, tenía que hacer un gran esfuerzo para no caer en la debilidad de complacerte.

Todo, absolutamente todo, creías merecer, desde objetos hasta novios. Y por eso, perdiste a la mayoría de tus amigas de infancia, porque utilizando intrigas y coqueterías "brincándoles alante" a sus pretendientes, conseguías que las dejaran y cayeran en tus redes, pero sólo te movía el deseo de demostrar que eras una mujer de armas tomar (en verdad eras muy hermosa); tras quitarles el novio, lo botabas al poco tiempo, y ellos, dándose cuenta de que únicamente habían sido simples instrumentos de tu juego desleal, intentaban reconciliarse con sus anteriores novias; algunas los aceptaron y se casaron y formaron familias estables; otras no quisieron recoger las sobras que les dejaste, y los antiguos novios se marcharon del pueblo y muchos de ellos no volvieron jamás. Más que estelas de envidia lo que en realidad fuiste dejando a tu paso por la vida fueron estelas de odio, rencor y resentimiento que te fueron sumiendo en una soledad de espíritu, aunque estuvieses constantemente rodeada de personas, las cuales no eran amigas

verdaderas, pues su relación contigo la motivaba el interés de disfrutar de las suntuosas fiestas que ofrecías (las mejores del pueblo, por supuesto, las más comentadas).

Hasta tus padres llegaron a cansarse de tus obsesiones y, una vez casada, sintieron un gran alivio que fue aún mayor cuando les informaste que te irías a vivir a la capital junto a tu marido porque él debía ocuparse de un negocio que le había dejado su padre al morir. Pero, dos años más tarde volviste al pueblo natal, luego de obligar a tu marido a vender el negocio de la capital porque allí no podías dar riendas sueltas a tus ínfulas de grandeza. Cuando regresaste, estabas embarazada de tu única hija (te esterilizaste al parirla para no deformar tu escultural cuerpo y para convertirla en una especie de princesa, en una "rompe ojos" como lo habías sido tú en tu niñez, infancia, adolescencia y juventud. Estuviste muchos días buscándole un nombre que ninguna otra niña del pueblo tuviera, un nombre exclusivo como todo lo tuyo y por eso le pusiste Nefertitis.

¡Qué saben todos estos zarrapastrosos cómo me agrada provocarles esas miradas con las que parecen comerse los bellos vestidos de mi niña, de los cuales nadie más tiene porque he obligado a la modista que los trajecitos que haga para Nefertitis no se los haga a nadie más!

- ¡Ay, Estela, no quieras hacer de la niña una copia de tí!, te pedía tu marido.

- ¡Claro que será mi copia en todo! –respondías invariable.

Por eso, en todos los reinados ha quedado como la reina desde los infantiles y juveniles (en los cuales solo era preciso vender más boletas que las otras para obtener el primer lugar), hasta los que son para las jóvenes que pasan de dieciséis años, en los que siempre me encargué de sobornar a los miembros de los jurados para que la corona fuese para mi hija (para algo debe servir el tener dinero de sobra). Y por supuesto que mi niña no tenía que vender los boletos, simplemente yo obligaba a mi marido a comprarlos todos, o mejor dicho, casi todos, pues había que dejar una pequeña cantidad para las otras niñas, sólo por cubrir las apariencias. Y también fui la ideóloga de un concurso anual para elegir a la niña mejor vestida, luego a la adolescente, más tarde a la joven, para que Nefertitis siempre obtuviera el galardón, como en efecto ocurriría.

- Por el amor de Dios, Estela, deja esas manías inútiles, rogaba tu marido.

Pero no escuchabas sus súplicas ni las de ninguna otra persona que te pidiera cambiar, y continuaste en tus trece, tratando de sobresalir por encima de

todo el mundo. De ahí tu costumbre de cambiar el color a las paredes de tu casa si veías que otra tenía el mismo color, y lo mismo hacías con todo el mobiliario: era suficiente que vieras en alguna vivienda un mueble similar a uno que tenías, para que, de inmediato lo sustituyeras por otro, y lo mismo ocurría para la época navideña: esperabas que todas las viviendas del sector hubiesen sido engalanadas con adornos navideños y con luces para luego adquirir todo lo que pondrías en la tuya.

¡Cómo voy a poner lo mismo que todos tienen! ¡No, de ninguna manera! Lo mío debe ser exclusivo. Tengo que sobresalir entre todo el mundo.

Desde juguetes, vestidos, carros, novios; un matrimonio con Juan José Casals, un joven que conoció ella cuando estudiaba en la universidad, rico de cuna, hijo único, al que, por estar ciegamente enamorado de ti, lograste convencer para que fuesen a vivir a tu pueblo de origen. Donde se dedicó a su trabajo como médico en una clínica que le construyeron sus padres y que durante años fue la más grande de la pequeña ciudad, y de la cual era propietario-director; una boda como nunca antes ni después se celebró otra; una residencia y unos muebles tan suntuosos que cortan la respiración; las fiestas más sonadas, hasta el lucimiento de tu nieta como la mejor vestida, mejor peinada, mejor adornada con las joyas más caras; todo, todo lo conseguiste, Estela.

Pero, ahora no estarías donde estás, si hubieses escuchado a tu marido aquel día en que te dijo:

- Estela, con la naturaleza no se juega. Deja ese frente como está, como lo quisiste cuando construyeron esta casa y pediste que fuese cubierto de cerámica porque nadie más lo tenía así en el pueblo. ¿Qué necesidad tienes ahora de sembrarlo de rosas?

- ¿Cómo te atreves a preguntarlo? —saltaste—. ¿Acaso no tienes ojos? ¿Acaso no ves cómo se le sale la baba a todo el mundo ante la belleza del frente de la casa de Milagros?

Y entonces, de los labios de tu marido surgió la frase, que parecía contener una profecía terrible:

- ¡Ay, Estela, ojalá no tengas que arrepentirte nunca por esa manía tuya de querer todo lo que tienen otras personas!

- No veo porqué tendré que arrepentirme, si siempre he conseguido todo cuanto he deseado.

- Que así sea —suspiró, resignado—. Pero ojalá no te pese esta nueva estupidez.

- ¿Cómo te atreves a llamarme estúpida? —saltaste, histérica.

Tu marido abandonó la sala, donde tuvo lugar la

discusión, pero antes de marcharse, ya en la puerta, te dijo:

- Haz lo que deseas.

- ¡Claro que lo haré!

Y claro que lo hiciste, Estela. Contrataste a varios hombres para que preparan la parte frontal del patio de tu vivienda; primero, a marronazos limpios, rompieron las hermosas losetas que habían costado una fortuna; luego, buscaron la mejor tierra existente en toda la zona; cuando ya el terreno estuvo listo, tú misma fuiste al mejor vivero de la capital donde compraste las matas de rosas, las cuales fueron sembradas por ti misma, sacrificando un poco, por primera vez, la belleza de tus manos. Y durante mucho tiempo, te dedicaste en cuerpo y alma al cuidado de tus plantas de rosas. Buscaste la asesoría de un agrónomo para que te sugiriera los mejores abonos, los mejores productos para eliminar plagas, pero, pasaron años y años mientras el rosal de Milagros continuaba provocando las miradas admirativas de todos los que visitaban ambas casas o simplemente pasaban por el frente, y tus plantas nunca florecían, y entonces, Estela fuiste cayendo en un estado tal de decaimiento que te enfrentaste, y los diversos médicos que te vieron, tras someterte a los más avanzados estudios y análisis, no encontraron la causa del mal que te mantenía postrada, sin ánimo de levantarte, sin

fuerzas para vivir y comenzaste a languidecer y tu marido, tu hija y cuantas personas cercanas a ti te rodeaban se resignaron a la idea de que tu fin se acercaba y desde que comenzaste a dar muestras de que tu mal sólo acabaría con la muerte, el rosal comenzó a florecer de tal forma que no hubo en el pueblo otro con mayor número de rosas y cuando falleciste, aquella madrugada, ya las rosas habían comenzado a introducirse en la casa y por eso tuvieron que llevar tu cadáver antes de la hora prevista porque las rosas se habían adueñado de todos los espacios y camino a la iglesia, ubicada a cuatro cuadras de tu residencia, las rosas que te habían colocado minutos antes sobre el ataúd, tuvieron que ser botadas: además de que se habían marchitado por completo, despedían un insopportable hedor que no pudieron resistir quienes acompañaban el féretro, y después de tu muerte, tu casa se convirtió en el sitio que poseía el rosal más hermoso del pueblo y de todo el país y, de ahí para acá, es un centro turístico que atrae a visitantes nacionales y extranjeros. Pero, luego de varios intentos de llevar rosas hasta tu última morada, tus familiares desistieron de continuar intentándolo, pues las flores se marchitaban en el camino y despedían el mismo hedor nauseabundo del día de tu sepelio.

ACTA UNICA

For unum ipsos qui faciat certitudine perit boudior
per opes rationibz de Decima Concessio de
Cunctis de Rode zonae Mondo, tenuis et spacio
9 ab mero de 5000 ne 10000 de in iunctio-
de gemitis rotat in Dz de Agro, secede
inter decisione oportet etiusmodi plemento

"Chancery London; "A propterea"
Secondum; B Vnde legi fructu
Autem Ropere Ohi

ANEXO 3

"Chancery London; "B propterea obviro"
Secondum; Tertia
Autem; Secunda si hunc
Autem, totus ab esse, utrum procedatur

"Chancery London; "Vnde o. nesciunt;
Secondum; Tertio
Autem; Secundum Auctor

Per acta quae formam certidim sicut in aliis
pugnantes mentio- se deponit

ACTA UNICA

Los miembros del jurado designado para ponderar las obras sometidas al Décimo Concurso de Cuentos de Radio Santa María, reunidos el sábado 8 de marzo de 2003 en la residencia de la licenciada Emelda Ramos, en Ojo de Agua, Salcedo, hemos decidido otorgar los siguientes premios:

Primer Premio: "A puro dolor-

Seudónimo: El Ángel Suicida

Autor: Roberto Ortiz

Segundo Premio: "El Penitente"

Seudónimo: Ariadna

Autor: Ricardo Nieves

Tercer Premio: "Olor a olvido"

Seudónimo: Tierra

Autora: Silvia di Franco

Cuarto Premio: "El pozo del olvido"

Seudónimo: La Perla del Pantano

Autor: José de Jesús Bencosme

Quinto Premio: "Vivir a medias"

Seudónimo: Proteo

Autor: Santiago Almada

Por otra parte, también decidió otorgar las siguientes menciones de honor:

Primera Mención: "Ayer"

Seudónimo: Ivanna

Autora: Tanya Badía

Segunda Mención: "Mi Viejo"

Seudónimo: El viejo que amaba las sirenas

Autor: Ubaldo Rosario

Tercera Mención: "Desandando los pasos"-

Seudónimo: Cid Moreno

Autor: Rafael E. Paula

Cuarta Mención: "El Domingo"

Seudónimo: El Otro

Autor: Alejandro Ovalles Bonilla

Quinta Mención: "Petrel y Alosa"

Seudónimo: Maximiliano

Autora: Rosa Julia Vargas

Sexta Mención: "La rebelión de las rosas"

Seudónimo: La Rosa Púrpura del Cairo

Autora: Mélida García

Redactado y firmado por los jurados de este concurso, en Ojo de Agua, Salcedo, a los ocho (8) días del mes de marzo de 2003, Día Internacional de la Mujer.

Lic. Emelda Ramos

Lic. Diógenes Valdez

Lic. Carlos Fernández-Rocha

Este libro se terminó
de imprimir en
Santo Domingo, D.N.
en octubre del 2003.

